LA
ALDEA DE SAN LORENZO.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

4513

LA ALDEA DE SAN LORENZO.

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ARREGLADO DEL FRANCÉS POR

D. JOSÉ MARÍA GARCÍA.

Estrenado con gran aplauso en el Teatro de Variedades en Madrid la noche del 24 de Diciembre de 1860.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
calle de San Agustin, 12, 2.º

1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFÍA.	SRA. DOÑA MARÍA RODRIGUEZ.
GENOVEVA.	ROSA TENORIO.
CATALINA.	LAURA GARCÍA.
ISABEL	ENRIQUETA TIRADO.
CRIADA.	DOLORES MORARI.
SIMON	SR. D. JOAQUIN ARJONA.
LUCIANO.	VICTORINO TAMAYO.
FROCHARD.	JOSÉ MARÍA GARCÍA.
SILVESTRE.	JOSÉ CÓRCOLES.
ROQUEBERT	JUAN BENETTI.
PICARD.	INFANTE.
PIGOCHE.	MARTINEZ.
GERMONT. , ...	MARÉ.
OFICIAL.	GARCÍA.
AYUDANTE.	DIEZ.
SOLDADO..	GARRALON.
ALDEANO	GONZALEZ.

Soldados franceses, austriacos, Aldeanos de ambos sexos, coro, etc., etc.

Este drama puede hacerse sin la música con que se ha representado en Madrid; no obstante, las empresas que deseen proporcionar á la representacion de la obra este atractivo más, se dirigirán por conducto del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION á don Juan Molberg, autor de la partitura, quien la facilitará por una módica retribucion.

La propiedad de este melodrama pertenece á los señores Salas, Helguero y Gaztambide, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

PRÓLOGO.

Campamento cerca de Ulma.—Á la izquierda, en el primer término, la tienda del general Roquebert: una mesa con tapete y recado de escribir: una lámpara pequeña, encendida.—A la derecha, en el fondo, fusiles en pabellones.

INTRODUCCION DE MÚSICA.

ESCENA PRIMERA.

ROQUEBERT en la tienda: aparece sentado junto á la mesa y leyendo un pliego.—De pié y á cierta distancia del General, el AYUDANTE de campo. —Un centinela se pasea por delante de la tienda.—A la derecha, en segundo término, PIGOCHE comiendo en compañía de varios camaradas al rededor de una olla de campaña. —Otro grupo de SOLDADOS prepara el rancho.—Despues FROCHARD.

ROQUEBERT. (Leyendo para sí.)

«Si os ataca el enemigo, como espero, os batireis en retirada: volvereis pocos al cuartel general; pero los que lleguen, habrán proporcionado al ejército una gran victoria.» (Hablando para sí.) Batirme en retirada! Qué diantre, alguno habia de servir de cebo y me ha tocado á mí. (Alto al Ayudante.) Podeis retiraros.

(El Ayudante se aleja.)

PIGOCHE. (A un compañero y con la boca llena.)

Oyes tú, Zampatortas; ponte á retaguardia y espera tu vez, que no es paso de ataque.

SOLDADO.

Yo trago de prisa.

FROCHARD. (Al centinela, viniendo del foro.)

El General Roquebert?

ROQUEBERT. (Levantándose.)

Adelante. Ah! eres tú?

FROCHARD.

Sí, querido tio: vengo á despedirme de vos.

ROQUEBERT.

Dónde vas?

FROCHARD.

Á Munich. Voy á renovar provisiones.

ROQUEBERT.

Necesitas un salvo-conducto del General en jefe para atravesar los puestos avanzados.

FROCHARD.

Le tengo.

ROQUEBERT.

Cuidado no vayas á caer en manos de algun destacamento enemigo!

FROCHARD.

Conozco el país! Además, yo soy un simple particular, que viaja... por gusto...

ROQUEBERT.

Sí: á costa del proveedor del ejército.

FROCHARD. (Con misterio.)

Llevo un pasaporte austriaco...

ROQUEBERT.

Ya!

FROCHARD.

Y venga lo que viniere. No hay oficio sin quiebras. Despues de todo, el mio tiene ménos quiebras que el vuestro.

ROQUEBERT.

Tu oficio! Bonita profesion!

FROCHARD.

Phs! En haciendo dinero...

ROQUEBERT.

Con la espada he conquistado yo riquezas y gloria.

FROCHARD.

En cambio os encontrais acampado á cuatro leguas del cuartel general con mil quinientos hombres, la mitad de vuestra brigada, y expuesto á tener que resistir la embestida de quince á veinte mil austriacos.

ROQUEBERT.

No importa. Cumplo las órdenes del emperador. (Se sienta, toma e pliego que dejó sobre la mesa, lo guarda y dice aparte:) «Os batireis en retirada!...» Qué lástima!

PIGOCHE. (A la derecha.)

Calle! Qué es esto que he pescado con la cuchara?

SOLDADO.

Algun embutido?

PIGOCHE.

Cabal: un cartucho. (Al soldado.) Voto al diablo!... Toma tú, que tienes tan buen tragadero.

SOLDADOS.

Ja!... ja!...

FROCHARD.

Si yo fuera que vos, retrocederia media legua á fin de guarecerme en el pueblo de Ulma.

ROQUEBERT.

Qué entiendes tú de esas cosas?

FROCHARD.

Cuando se tiene poca fuerza, es más fácil defenderse detrás de las tapias que no en campo abierto.

ROQUEBERT.

Basta.

FROCHARD.

Perdonad; pero me interesa demasiado vuestra vida para mirar con indiferencia....

ROQUEBERT.

Mi vida: no tengas cuidado: necesito vivir, y viviré. Desde que salí de San Lorenzo, mi pátria, no he hecho otra cosa que batirme

y ganar grados. El emperador me dió unas tierras situadas cerca de nuestro pueblo, y que no he podido ver todavia.

FROCHARD.

Las conozco. Valen más de doscientos mil francos.

ROQUEBERT.

Seria yo tan dichoso sí lograra acabar mis años en aquel hermosísimo valle, al pié de nuestra antigua Abadía, y rodeado de mi esposa y mis hijos!...

FROCHARD.

Diablo! Vuestra esposa y vuestros hijos? San Lorenzo, la Abadia y el valle... allí están... os esperan; pero lo demás que decís...

ROQUEBERT. (Con embarazo.)

Lo demas... lo demas... se busca, y hasta se suele encontrar sin buscarlo.

FROCHARD.

Es verdad. (Para sí.) Y yo que pensaba heredarle... (Alto.) Decíais...

ROQUEBERT.

Nada. Con que te marchas tan pronto?

FROCHARD.

Cuando esté el carruaje dispuesto. Los furgones van delante de mí.

ROQUEBERT.

En descubierta?

FROCHARD.

Justo.

ROQUEBERT.

No te hacia yo tan extratégico.

FROCHARD.

El instinto de conservacion. Yo tambien tengo necesidad de vivir... aunque no poseo tierras, ni esposa, ni hijos.

ROQUEBERT. (Tendiéndole la mano.)

Feliz viaje.

FROCHARD.

Volveré antes de partir para que me deis un abrazo.

ESCENA II.

DICHOS.—EL AYUDANTE.

ROQUEBERT. (Al Ayudante.)

Qué ocurre?

AYUDANTE.

Los centinelas avanzados han detenido una silla de posta; y una señora que en ella viaja solicita hablaros.

ROQUEBERT.

Á mí?

AYUDANTE.

Ahí espera, y si lo permitis...

ROQUEBERT.

Bien está; que venga.

(El Ayudante se dirige hácia la izquierda del foro.)

FROCHARD. (Despidiéndose.)

Hasta luego. (Aparte alejándose.) Desea casarse!... Me alegro de que no quiera fortificarse en la aldea. (Vase por la derecha. Por la parte opuesta aparece una dama cubierta con un velo. El Ayudante la conduce á la tienda y se retira por la izquierda á una señal de Roquebert.)

(Musica que anuncia la salida de Sofia.)

ESCENA III.

SOFÍA.—ROQUEBERT.—PIGOCHE.—SOLDADOS.

SOFÍA. (Observando alrededor de sí, y levantándose el velo.)

Gaston!...

ROQUEBERT.

Sofía!... Tú aquí? (La introduce vivamente en la tienda.) Y Isabel, mi hija? Dónde está nuestra hija?

SOFÍA.

La traigo conmigo.

ROQUEBERT.

Pero qué ha sucedido? Por qué has abandonado á Stuttgard?

SOFÍA.

Cuando supo mi padre que el Mariscal Ney se habia apoderado de aquella poblacion, me escribió ordenándome que me pusiese inmediatamente en camino y que me reuniese con él en Munich. Fué preciso obedecer y allá voy.

ROQUEBERT.

Con nuestra hija?...

SOFÍA.

Con ella? Imposible!

ROQUEBERT.

Entonces, cuál es tu propósito?

SOFÍA.

He formado tantos proyectos! Una madre no se resigna tan fácilmente á separarse de su hija. Mas para conservarla á mi lado, tendria que revelar á mi padre...

ROQUEBERT.

Nuestro casamiento?

SOFÍA.

Y me falta valor.

ROQUEBERT.

Le tienes, sin embargo, para vivir expuesta á que te crean deshonrada?

SOFÍA.

Gaston!... Bien sabes que la noticia de nuestro secreto enlace, mataria á mi padre debilitado por los años y los padecimientos. Odia á los franceses, idolatra sus títulos de rancia nobleza, y nunca hubiera consentido en casar á su hija...

ROQUEBERT.

Con un soldado de fortuna? No temas decirlo: yo me glorío de mi orígen y respeto sus preocupaciones. Por ese respeto y por tu amor, hago el sacrificio de callar que eres mia, teniendo hasta que ocultar mi gozo cuando te veo, cuando abrazo á mi hija.

SOFÍA.

Gracias, gracias! Yo tambien sufro mucho.

ROQUEBERT.

Pero esto no puede seguir así. Pronto terminará la campaña y entonces...

SOFÍA.

Espero que antes de que llegue ese dia, Dios me habrá inspirado algun medio de vencer la resistencia de mi padre.

ROQUEBERT.

Y mi hija entre tanto?

SOFÍA.

Mi Isabel!... No sé qué partido tomar.

ROQUEBERT. (Con resolucion.)

Yo velaré por ella.

SOFÍA.

Tú?

ROQUEBERT. (Para sí.)

Sí, sí: es lo mejor. (Á Sofía.) Tengo un proyecto. Fíala á mi cuidado.

ESCENA IV.

EL AYUDANTE de campo, seguido de PICARD, que lleva uniforme de cazador, guias de la guardia.—DICHOS.

OFICIAL. (Entrando en la tienda y presentando un despacho á Roquebert.)

Mi General! (Se retira al fondo de la tienda.)

SOFÍA.

Una órden? (Se cubre con su velo.)

ROQUEBERT.

Qué temes?

SOFÍA.

No sé; pero tiemblo. Si por algun accidente tuvieses que separarte de nuestra hija!...

ROQUEBERT.

Tranquilízate: cuento con el hombre más honrado y más fiel de la tierra. Te acuerdas de aquel soldado que me acompañaba en Stuttgard?

SOFÍA.

Simon?

ROQUEBERT.

Simon, para quien su General ha sido siempre el amigo de la niñez. Juntos abandonamos nuestra aldea con el saco á la espalda; á mi lado disparó el primer tiro, y daria su vida por mí, como la dará por nuestra hija cuando la conozca.

SOFÍA.

Voy por ella, y luego... luego seguiré mi camino.

ROQUEBERT.

Tan pronto!... Espera. (Recapacitando.) En el estado en que se encuentra el país, no es prudente que viajes así, sin amparo ninguno... (Viendo venir á Frochard.) Ah! Qué feliz coyuntura!

(Sofía se cubre con el velo.)

ESCENA V.

DICHOS.—FROCHARD.

FROCHARD.

Ya está todo corriente.

ROQUEBERT.

No podias llegar en mejor ocasion.

FROCHARD.

Teneis algo que mandarme?

ROQUEBERT.

Vás á prestarme el más señalado servicio.

FROCHARD.

Hablad.

ROQUEBERT.

Esta señora se dirige á Munich (Frochard la saluda.) en una silla de postas, y es preciso que tu carruaje acompañe al suyo hasta dejarla en la ciudad, sin que nadie, ni tú mismo, llegue á ver su rostro.

FROCHARD. (Aparte con disgusto.)

Vaya una comision!

ROQUEBERT.

Tú eres precavido, conoces el terreno...

FROCHARD.

Descuidad: yo conduciré y dejaré á esta señora en su casa. (Aparte.) Me fastidia viajar con mujeres.

ROQUEBERT. (A Frochard, estrechando su mano.)

En tí confio.

FROCHARD. (Aparte.)

Mucho se interesa por ella.

ROQUEBERT. (Aparte á Sofía.)

Ahora, mi hija.

SOFÍA.

Voy en su busca.

ROQUEBERT. (Á Frochard, por Sofía.)

Estás á sus órdenes. (Aparte á Sofía.) Aquí espero á mi hija. No tardes.

FROCHARD. (Aparte.)

Quién será esta mujer? (Vase con Sofía por la izquierda.)

ESCENA VI.

ROQUEBERT.—EL AYUDANTE DE CAMPO.—PICARD.—SOLDADOS.

ROQUEBERT.

(Abre el pliego.) Del emperador! (Lee.) «Acabo de llegar á este pueblo y quiero hablaros antes de volverme al cuartel general. Venid al instante.» (Declamando.) Está en Ulma!... No puedo detenerme... (Se sale fuera de la tienda y se detiene de repente.) Y mi hija?... (A un soldado.) El cabo Simon, que venga inmediatamente. (A otro soldado.) Mi caballo! (A los otros soldados.) No he dicho que llamen al cabo Simon? Dónde está? Pronto, pronto!

(Música que anuncie la salida de Simon.)

ESCENA VII.

DICHOS.—SIMON.

SIMON. (Saludando militarmente.)

Presente, mi General. (Se adelanta á una seña de Roquebert.)

ROQUEBERT. (Llevándole á su lado.)

Voy á partir; pero vuelvo al momento. Vendrán á buscarme: que esperen aquí. Tú no te separarás de este sitio por nada de mundo.

SIMON

Corriente, mi General.

ROQUEBERT. (Al Ayudante.)

Seguidme.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, menos ROQUEBERT y EL AYUDANTE de campo.

SIMON.

Anda: ya estoy yo de centinela tambien. (Enciende su pipa.)

PIGOCHE.

Ya era hora de que os dieran un ascenso, mi cabo.

SIMON.

Phs! Si le dieran á cada uno lo que le corresponde, hace tiempo que tendrias tú una albarda.

SOLDADOS.

Ja!... ja!...

SIMON. (A Picard.)

Cazador, cómo es que no te vuelves al cuartel general?

PICARD.

Imposible! Mi caballo tronó á la entrada del campamento; y gracias que pude llegar hasta aquí.

SIMON.

Ahí tienes lo que es depender de un cuadrúpedo.

PIGOCHE. (Comiendo y con malicia.)

Es verdad.

SIMON. (A Pigoche.)

Mostrenco: estás traga que traga y no se te ocurre ofrecer al cazador un bocado?

PICARD.

Prefiero beber.

PIGOCHE. (Presentando una calabaza á Picard.)

Aquí hay vino.

PICARD.

Hola! No creia yo que se pasaba tan bien por aquí.

SIMON.

Que lo pasamos bien? Por vida... Quince dias sin alojamiento y sin disparar un fusil.

PICARD.

Bah! cuando menos se piensa...

SIMON.

Así fuera hoy, bailaríamos siquiera, como dice la copla.

PICARD.

Qué copla?

PIGOCHE.

Una que ha compuesto el tambor mayor... Y la canta mi cabo, que ya!

SIMON. (A Pigoche.)

No me adules.

PICARD. (A Simon.)

Venga esa coplita...

PIGOCHE.

Vamos. (A un soldado.) El tambor, Chignassou!

SIMON. (A Chignassou.)

Dame el tono, muchacho.

(Canta con acompañamiento de tambor, y le hacen coro los soldados.)

CORO.

Viva la guerra,
viva el amor,
y viva la bandera
de mi batallon.

COPLA 1.ª

Cuando silban las balas
del enemigo,
baila mi regimiento
de regocijo.
Cuando se acaba
la diversion,
trás de las niñas
corre veloz.

CORO.

Viva la guerra etc.

COPLA 2.ª

Si la patrona es jóven,
alto y descansen;
si ademas es bonita,
paso de ataque.
Si es una vieja...
(líbrenos Dios!)
cambio de frente,
sin dilacion.

CORO.

Viva la guerra, etc.

PIGOCHE.

A mí si que me gustan las muchachas bonitas.

SIMON.

Con que te gusten y no te hagan caso...

PIGOCHE.

Que no me hacen caso? Yo soy soltero y no tengo que agazaparme, como vos, por temor de la...

PICARD. (A Simon.)

Hay costilla?

PIGOCHE.

Nuestra cantinera: la mujer más celosa!...

SIMON.

Me quiere... conoce mi flaco... tiene un geniecillo algo duro y... pero es muy honrada y una madre excelente.

PICARD.

Teneis muchos hijos?

SIMON.

Uno de trece años que vive en San Lorenzo, con su abuela, y que no he visto hace mucho tiempo. Despues de haber entrado en campaña, tuve tambien una niña que por ahora cumpliria seis años. (Se enjuga las lágrimas.)

PICARD.

Pues qué, murió?

SIMON.

Enfermó el ángel mio, y en una contramarcha que hicimos...

PIGOCHE.

Vaya, vaya: dejad esa historia.

SIMON.

Dices bien... ya no tiene remedio...

PIGOCHE.

Hablemos del chico.

SIMON.

Mi Luciano!...

PIGOCHE.

Es verdad que os ha escrito una carta toda de su puño?

PICARD.

Ya escribe?

SIMON.

Toma, toma! Y qué letra! Parece mentira que un chico tan pequeño sepa hacer unas letras tan grândes.

PIGOCHE.

Y qué dice? qué dice?

SIMON.

Qué se yo?

PIGOCHE.

No la habeis leido?

SIMON.

Tonto! Si supiera leer, ya seria yo Mariscal del Imperio. No conozco una letra, y me pesa bastante. Pero qué diablos, para aprender se necesitan estudios, y yo no he tenido tiempo para

disponer de mi persona jamás... con el servicio... (Acariciándose el bigote con fatuidad.) y otras ocupaciones que le caen á uno como llovidas del cielo...

PICARD.

Otras ocupaciones?

SIMON. (Con afectada modestia.)

Como las mujeres son tan caprichosas!

PICARD.

Comprendo.

(Aparece Catalina en el foro.)

PIGOCHE. (Aparte viéndola.)

Su mujer! (Bajo á los compañeros.) Chist! (Alto.) Tiene el cabo una suerte! (Hace señas á Catalina para que calle y se aproxime.)

ESCENA IX.

DICHOS.—CATALINA.

PICARD.

De veras?

PIGOCHE.

Todas las aldeanas se pirran por él.

SIMON. (Dándose importancia.)

No era aldeana por cierto una que... conocí yo en Stuttgard.

PICARD.

No, eh?

(Los soldados rodean á Simon. Pigoche los aparta para que se aproxime Catalina y esta se coloca de manera que no la vea su marido.)

SIMON.

Buen lance!

PIGOCHE.

Cuando yo digo!

SIMON.

Un dia, estando de formacion por más señas, ví venir á lo lejos una dama ricamente vestida. Qué cintura! Qué garbo! La individua no apartaba los ojos de mí... Verdad que yo entonces me

podia presentar delante de cualquiera mujer! Pues, señor, doy dos pasos al frente para servir de guía; pero en vez de alinearme con el compañero, me enfilé con mi hembra, y oigo que me dice en voz baja! «en tal parte vivo, y os espero esta noche.»

PICARD.

Caramba!

CATALINA. (Aparte y procurando contenerse.)

Ah! perro!

SIMON.

Pedí licencia á mi coronel, y cuando llegó la hora me fui derechito á la casa: un palacio magnífico! Me condujeron á la presencia de la gran señora, que me dió una cena exquisita, y despues... (Pausa.)

CATALINA. (Que se ha acercado lentamente, le dice con aparente calma y poniéndole la mano sobre el hombro.)

Y despues?

SIMON. (Aparte.)

Catalina! Mil bombas!

CATALINA.

Por qué no prosigues?

SIMON.

Yo!...

CATALINA. (Dándole una bofetada.)

Toma!

SIMON.

Canastos!

TODOS.

Ja!... ja!...

(Redoble de tambor.)

PIGOCHE.

Á formar, camaradas.

(Los soldados toman los fusiles y se agrupan en el fondo, Picard se retira.)

CATALINA.

Eres un libertino.

SIMON.

Pero, mujer, no conoces que todo eso es grilla?

CATALINA.

Ya sé yo quién tú eres, pero estoy al cuidado, y como te pille en el garlito ya verás, ya verás... (Vase.)

ESCENA X.

SOFÍA cubierta con el velo.—SIMON.—PIGOCHE.—SOLDADOS.
Luego ISABEL conducida por una criada.

SIMON. (Intentando detenerla.)

Catalina!... Se fué. Vaya con Dios! Poco me importa su cuidado; seguro estoy de que venga á buscarme ninguna princesa alemana.

(Música que anuncie la salida de Isabel.)

SOFÍA. (A Pigoche.)

El General Roquebert?

PIGOCHE.

Ha partido, señora.

SOFÍA.

No está! Y el cabo Simon?

PIGOCHE.

Aquel es.

SOFÍA.

Sabeis si le habló el General?

PIGOCHE.

Le habló antes de montar á caballo.

SOFÍA.

Gracias.

(Vase Pigoche y á una seña de Sofía, aparecen por el foro Isabel y la criada.)

SIMON. (Para sí.)

Cáspita! Cuando así se altera por una mentirilla inocente, qué seria si...

SOFÍA. (Acercándose.)

Sois el cabo Simon?

SIMON.

Á la órden.

(Sofía se descubre.)

SOFÍA.

Sí, sí: vuestras facciones no se han borrado de mi memoria.

SIMON.

Mis facciones?

SOFÍA.

Hace un año: en Stuttgard.

SIMON. (Asombrado.)

Eh!!

SOFÍA.

Ya sabreis?...

SIMON.

Yo?...

SOFÍA. (Interrumpiéndole.)

Ni una palabra. Este secreto debe quedar entre nosotros.

SIMON.

Conque debe quedar?...

SOFÍA.

Cuidado!

SIMON.

Oh! Lo que es por mí, os juro que no sabrá nadie ni esto. (Llevándose á los dientes el dedo pulgar de la mano derecha.)

SOFÍA. (Con misterio.)

Os traigo á nuestra hija.

SIMON. (Asustado.)

Cómo!... nuestra!... (Aparte.) Zambomba!

SOFÍA. (Tomando á Isabel de los brazos de la criada y prsentándosela á Simon.)

Aquí está.

SIMON. (Restregándose los ojos.)

En efecto... aquí está.

SOFÍA. (Arrodillándose para acariciar á Isabel.)

Adios, hija mia.

ISABEL.

Te vás?

SOFÍA.

Vuelvo pronto. (Se incorpora.)

ISABEL.

Yo me quiero ir contigo.

SOFÍA.

No, no: tú te quedas con este señor, que es muy bueno y te querrá mucho.

SIMON. (Aparte.)

Conmigo!... Demonio!... me convierte en niñera!

(Sale Frochard. Sofía se echa el velo al ver que llega.)

ESCENA XI.

FROCHARD.—Algunos OFICIALES.—DICHOS.

FROCHARD. (A Sofía.)

Señora, no conviene que nos detengamos aquí por más tiempo.

SOFÍA. (Aparte.)

Dios mio! (Alto á Frochard.) Soy con vos al instante. (Frochard se retira hácia el foro, habla con los oficiales y vuelve á su tiempo.)

SIMON. (Aparte.)

Estaré yo borracho?

SOFÍA. (Volviendo á acariciar á su hija.)

Adios!... Un beso. (A Simon estrechando su mano.) Será este el último que doy á mi hija?

SIMON. (Enternecido.)

Señora... (Aparte.) Pobre mujer!

ISABEL.

Por qué lloras, mamá?

SOFÍA.

No lloro: al contrario... (Aparte á Simon.) La querreis mucho, no es verdad? Me jurais defenderla, protegerla si fuese preciso?... Oh! sí: estoy segura de ello, porque veo que comprendeis el dolor de una madre, y llorais lo mismo que yo.

SIMON. (Aparte enjugándose los ojos.)

Por vida de...

FROCHARD. (A Sofía.)

Cuando gusteis.

(Sofía se inclina involuntariamente hácia su hija como para volver á abrazarla, pero se detiene.)

SOFÍA. (A Frochard.)

Ya os sigo. (A Simon.) Adios! (Dirige una mirada á Isabel y váse con Frochard; la criada la sigue. Los soldados forman en último término descansando en su lugar.)

ESCENA XII.

ISABEL.—SIMON.—OFICIALES.—SOLDADOS.

SIMON.

Se marcha y me deja la chica!... Señora!... Señora!...

ISABEL.

Papá!

SIMON. (Deteniéndose bruscamente.)

Qué dice?

ISABEL.

No quiero que te vayas, papá.

SIMON.

Otra vez? Quién te ha dicho que yo soy tu papá?

ISABEL.

Mamá me lo ha dicho al venir, y que mi papá era muy guapo; pero tú eres muy feo.

SIMON.

Yo feo? Para las chicas puede ser; pero lo que es para las grandes.... Y qué hago yo ahora con esta criatura? (Intentando salir.) Señora.... Señora.

ISABEL. (Cogiéndole por los faldones.)

No te vayas.

SIMON.

Muchacha, que me vas á romper los faldones y son del Estado

ISABEL. (Sin soltar.)

Mejor!

SIMON.

No me iré, no me iré. (Sentándose y acariciándola.) Y la chica es preciosa... (Mirándola conmovido.) Tendrá la misma edad que tendria mi....

ISABEL.

Ahupa!

SIMON. (Sentándola sobre el muslo.)

Tambien eso? Pues toma. (Le da un beso.)

ISABEL.

Ay! cómo pinchan los bigotes!

SIMON.

Á las chicas; pero lo que es á las grandes...

ISABEL. (Tirándole de los bigotes.)

Te los voy á arrancar.

SIMON.

Tira, si te divierte: los bigotes no son del Gobierno.

CATALINA. (Dentro.)

Dónde está?

SIMON.

Jesucristo ! Ahora es ella. (Se levanta procurando tapar con su cuerpo la chica.)

ESCENA XIII.

Dichos.—CATALINA.

CATALINA.

Con que todo era farsa? Quién es esa dama que acaba de subir en un coche, que preguntó por tí, que ha estado charlando contigo?

SIMON.

Esa dama?...

CATALINA.

Pronto! Á qué ha venido esa mujer? de qué habeis tratado?

SIMON.

De... de asuntos del servicio.

CATALINA.

Simon!

SIMON.

Pero mujer, ten prudencia, ten calma...

CATALINA.

Calma, calma! La tienes tú acaso? Por qué te turbas? (Amenazándole.) Responde; ó si no!...

ISABEL. (Asustada y volviéndose á agarrar de Simon.)

Ay, papá!

CATALINA.

Una niña! Y le llama su padre! Traidor!

ESCENA XIV.

DICHOS.—ROQUEBERT.—EL AYUDANTE.

ROQUEBERT. (Entrando en la tienda.)

Y la niña? Ah! aquí está. (La toma en sus brazos y la besa.)

SIMON.

La niña?

CATALINA.

La niña? (Aparte á Simon.) Pero qué significa?...

SIMON.

Es un secreto que debe quedar entre... y que no puedo revelar á nadie.

ROQUEBERT. (A Catalina que se va.)

Déjanos. (Acariciándola.) Hija mia!

ISABEL.

Eres tú tambien mi papá?

ROQUEBERT.

Sí, tu padre que te ama, que te adora.

ISABEL.

Qué bonito sombrero! (Jugando con el sombrero.)

ROQUEBERT. (Á Simon.)

Supongo que estarás enterado?

SIMON.

De nada, mi General.

ROQUEBERT.

Es mi hija!... (Deteniéndose y como inspirado de un nuevo pensamiento.) No:

es nuestra hija, Simon. (Tendiéndole la mano.) Quieres considerarla desde hoy como tuya tambien?

SIMON.

Que si quiero!... Y me haceis semejante pregunta?

ROQUEBERT. (Sentándose.)

Oye: Dios te ha privado de una hija (Simon se lleva las manos á los ojos.) que nació y murió en medio de los combates y que tendria ahora la edad de esta niña. Pues bien, desde este momento mi Isabel se llamará Genoveva, y será para todo el mundo la hija de Simon y de Catalina, hasta el dia en que yo pueda llamar públicamente esposa á su madre.

SIMON.

Corriente.

ROQUEBERT.

Mañana pediré al Emperador tu licencia absoluta, y os volvereis á San Lorenzo con mi... con Genoveva, la hermana de vuestro hijo Luciano.

SIMON.

Está bien.

ROQUEBERT.

Conservas la partida de defuncion de tu hija?

SIMON.

Aquí, sobre mi corazon... (Saca una cartera del pecho.) con la carta de mi hijo Luciano.

ROQUEBERT.

Dame. (Tomando el papel que le entrega Simon.) Voy á remitir este documento con el acta de mi matrimonio, la fé de bautismo de mi hija, y mi disposicion testamentaria al señor Germond, notario de San Lorenzo.

SIMON.

Al señor Germon? No le conozco.

(Roquebert entrega la niña á Simon y se pone á escribir.)

ROQUEBERT. (Á Simon.)

Entérate bien. (Escribe dictándose.) «Confio á vuestra lealtad un sagrado depósito que solo entregareis á mí mismo ó á la persona que os diga estas palabras: «Ha llegado la hora: cumplid vuestro deber.»

(Encierra en un pliego varios papeles, escribe el sobre, se levanta y dice:) Capitan!... (Al Ayudante que se presenta.) Entregad este pliego al correo de Francia que va á partir para el cuartel general. (El Ayudante se dirige al bastidor, entrega el pliego y vuelve á su tiempo.)

SIMON (Para sí.)

No se me olvidará...

ROQUEBERT.

Ahora estoy más tranquilo. Puedo esperar, y si el cielo decide que no vuelva á mi patria.. (Se oyen lejanos disparos de fusil.) Eh? Qué es eso?

SIMON.

Demonio! Se me figura...

AYUDANTE.

Mi General, un destacamento enemigo ha roto el fuego contra nuestras avanzadas.

(Un oficial se coloca al frente de los soldados, que echan armas al hombro.)

SIMON. (Tomando su fusil.)

Mi fusil!

(Varios soldados levantan y retiran las tiendas.)

ROQUEBERT.

Simon! Hoy no te bates.

SIMON.

Que no me bato! (Aparte y reprimiéndose.) Voto á brios!

ROQUEBERT.

Dispon lo necesario para partir inmediatamente con Catalina y la niña. No te detengas.

(Vase Catalina.)

SIMON. (Aparte.)

Huir como una liebre!...

ROQUEBERT. (Aparte.)

Nos batiremos en retirada; pero antes... (Alto.) Adios, Simon... (Besando á Isabel.) Adios, hija mia. Que el cielo te proteja! (Música que dura hasta el final.—Se oye una descarga algo más próxima y dice al Ayudante:) Vamos (Vase con el Ayudante, oficiales y soldados.)

ESCENA XV.

ISABEL.—SIMON.—Despues CATALINA.

SIMON. (Siguiéndolos con la vista.)

Habrá suerte más perra? Tener que volver las espaldas cuando empieza el jaleo!.. Y si pudiera tomar la revancha otro dia... Voto al infierno! (Pausa.) Pues, señor, ya que mi consigna es viajar, preparemos el equipaje. (Se pone el morral, toma el fusil y vuelve para cojer de la mano á Isabel. En el momento de ponerse en marcha se oyen disparos mucho más próximos en otra direccion y se detienen.) Diantre! Hacen fuego de flanco!

ISABEL. (Asustada.)

Qué es eso, papá?

SIMON.

Eso?.. nada... Cohetes. (Aparte.) Nos irán á envolver?

ISABEL. (Tapándose los oidos.)

Ay!.. ay!..

SIMON.

Dios mio! La bala ha pasado junto á su cabeza! (Alto y haciendo lo que dice el diálogo.) Pronto, pronto: á este lado; pero no, no: en mis brazos!.. Es preciso correr... Yo correr!.. Y por dónde?.. Por allí?.. Ya no se dónde estoy... Por aquí... por aquí... (Encontrando á Catalina.) Ah

CATALINA. (Entrando.)

Simon.

(SIMON. Entregándole la niña.)

Toma, huye. Aún puedes salvarla.

CATALINA.

Esta niña?..

SIMON.

Nada tiene que ver conmigo; pero he jurado que para todo el mundo será Genoveva, será nuestra hija: y en nombre del cielo te mando que nunca reveles á nadie la verdad.

CATALINA.

Confia en mí.

SIMON.

Atravesando ese bosquecillo ganarás en pocos momentos el pueblo de Ulma.

CATALINA.

Y tú? (Tomando en brazos la niña.)

SIMON.

Yo? me quedo para protejer vuestra fuga.

CATALINA.

Solo?

SIMON.

Con mi fusil. Pronto os alcanzaré.

CATALINA.

Dios mio!

SIMON.

Vamos, corre. (Con imperio señalandole el bosque. Vasé Catalina con Isabel.)

ESCENA XVI.

SIMON.

(Desde este momento ya no cesa el ruido del combate, que se irá acercando cada vez más hasta la terminacion del prólogo, sin otras interrupciones que las necesarias de cuando en cuando para que se oiga bien el diálogo.)

SIMON. (Obserbando.)

No hay duda... quieren cortarnos la retirada. (Pausa.) Qué veo? Cejan nuestros soldados?... No, no: vuelven á defender esta posicion! Bien pensado! (Cargando su fusil.) Se detienen!... se arremolinan!.. Voto va! Algunos se dirigen aquí... Ba! Un herido... un jefe... Jesucristo! (Dejando caer su fusil.)

ESCENA XVII.

DICHO.—ROQUEBERT sostenido por dos oficiales.—EL AYUDANTE. SOLDADOS.

SIMON. (Arrojándose á los piés de Roquebert.)

Mi General!

ROQUEBERT.

Simon!... Aquí todavía?... Tu brazo. (A los oficiales.) Dejadme.

AYUDANTE.

Permitid...

ROQUEBERT.

Para qué? Ya todo es inútil... No me robeis... los pocos instantes que me quedan de vida.

SIMON.

Ah!

(Los oficiales colocan sobre una peña á Roquebert, que queda sentado y sostenido por Simon.)

ROQUEBERT.

(A los oficiales que se retiran con repugnancia, deteniendose á una corta distancia.)

Seguid la retirada... quiero morir aquí... (Aparte.) Aquí donde las he visto hoy por última vez... (Asaltado de otro pensamiento.) Simon!

SIMON.

Mi General!

ROQUEBERT.

Y mi hija?

SIMON.

Está en salvo.

ROQUEBERT.

Cuando llegues á San Lorenzo... dirás al notario...

SIMON.

Ya lo sé.

ROQUEBERT.

No lo olvides.

SIMON.

No, no.

ROQUEBERT.

Le dirás: «ha llegado la hora: cumplid vuestro deber.»

SIMON.

Sí, sí: descad.

ROQUEBERT.

Adios, Simon... Sofía!... Isabel!... Ah! (Muere, dejando caer su cabeza sobre el hombro de Simon, que le sostiene con una rodilla en tierra.)

SIMON.

Dios mio! (Continúa siempre en la misma posicion.) Defendamos su cuerpo!..

(Varios soldados llegan precipitadamente. Todos forman cuadro al rededor del General, defendiendo su cuerpo. Aparecen los austriacos. Lucha.)

(Cae el telon.)

ACTO PRIMERO.

Plaza en la aldea de San Lorenzo. A la izquierda, en primer término, una casa de pobre aspecto, donde viven los hijos de Simon. Enfrente la taberna del pueblo con bancos á la puerta y sobre ésta un toldo ó emparrado. Más allá, en segundo término, se adelanta diagonalmente hácia el foro la fachada principal de una iglesia pequeña, con puerta practicable por medio de escalones que arrancan del plano de la calle y de un cancel colocado por la parte interior. Al lado opuesto el arrabal separado de la iglesia por una calle ancha, á traves de la cual se descubre el campo y una vereda que sube hácia la derecha perdiéndose entre los árboles del último término. Principia á amanecer.

MÚSICA.

ESCENA PRIMERA.

PICARD, sentado con abatimiento en uno de los bancos de la taberna: algunas aldeanas cruzan la escena con cántaros y desaparecen por distintas direcciones. SILVESTRE viene por la parte del arrabal.

SILVESTRE.

Buenos dias, señor Picard.

PICARD. (Contestando maquinalmente.)

Dios te guarde, Silvestre.

SILVESTRE.

Mucho se madruga para ser dia de fiesta... (Pausa.) Estais de mal humor?

PICARD.

Yo?.. no.

SILVESTRE.

Que no, y teneis una cara!.. Yo seré todo lo bruto que se quiera, pero para conocer si una persona está alegre ó mohina... Lo de siempre, verdad? alguna travesurilla del chico. Ya se vé, como es tan... así... y luego... vamos, no hay que tomar las cosas á pecho. Él se enmendará... con los años...

PICARD.

Sí, sí: cuando me haya quitado la vida.

SILVESTRE.

Vaya unas ideas!

PICARD.

Ha pasado toda la noche en la taberna, jugando.

SILVESTRE.

Diantre!.. Y debe haber perdido, porque cuando me le encontré no hace mucho, estaba tan ojeroso y tan inquieto...

PICARD.

Le has visto?

SILVESTRE.

Rondando á la espalda de nuestros corrales. Pero como yo soy tan bestia, y en la vecindad no faltan mozuelas de buen parecer, se me figuró que andaba de acecho, y seguí mi camino como si no le hubiese atisbado.

PICARD.

Ay Silvestre! ese bribon se ha propuesto matarme!

SILVESTRE.

Caramba!.. Ya siento haberos hablado del chico... Si soy lo más bestia!..

(Abren la puerta de la taberna, y Picard se levanta bruscamente.)

PICARD. (Á Silvestre.)

Adios!

SILVESTRE.

Os vais sin oir la misa que va á decirse por el alma del cabo Simon?

PICARD. (Deteniéndose.)

No: la oiré y le pediré á Dios por su eterno descanso.

ESCENA II.

DICHOS.—ALDEANOS de ambos sexos y niños.

(Las mujeres, los niños y la mayor parte de los labriegos entran en la iglesia; algunos jóvenes se dirigen á la taberna.)

SILVESTRE. (A los jóvenes que van á la taberna.)

Por allí, por allí... (Señalando la puerta de la iglesia.)

ALDEANO. (A Silvestre apartandole.)

Aparta, animal!

PICARD. (A los jóvenes, interponiéndose entre ellos y la taberna.)

Quién se esconde en la taberna cuando va á decirse una misa por el alma de un valiente, que perdió la vida en servicio de su pátria? (Los jóvenes retroceden respetuosamente y se dirigen al templo.)

SILVESTRE. (A Picard.)

Bien dicho! (Para sí, llevándose el dedo índice á la frente.) Lo que es tener... (Alto.) Es posible, señor Picard, que no hayais tropezado alguna vez por esos mundos con el cabo Simon, cuando fuísteis soldado?

PICARD.

Le ví en Alemania, un dia que fuí con cierta comision del servicio al puesto en que estaba acampado, y por poco no me cuesta el pellejo. El dia de la batalla de Ulma. No lo olvidaré jamás.

SILVESTRE.

La batalla de Ulma!.. Calla, pues allí fué, segun dicen, donde una granada le llevó la cabeza... de cuyas resultas murió.

PICARD.

Murió, teniendo unos hijos tan buenos, que serian hoy el consuelo de su vejez; y yo vivo, yo... que...

SILVESTRE.

Pobres muchachos!.. Buen trago llevaron tambien la noche en que su madre...

PICARD.

Su madre!.. (Recordando.) Una cantinera?..

SILVESTRE.

La misma. Dios la tenga en su gloria.

PICARD.

Murió aquí?

SILVESTRE.

Sí, señor. Se vino con la muchacha, y enfermó á los tres años. Estaban muy pobres, no tenian criados; y como yo soy tan bestia, quieras que no, me empeñé en que habia de servirlos. De modo que me tocó velarla y no me separé de su lado hasta que momentos antes de espirar, me mandó salir de la habitacion para hablar á los hijos... Por vida de!... Pues no estoy llorando!...

PICARD.

Entonces, por qué te fuiste á servir á otra parte?

SILVESTRE.

Por qué, eh?... Si soy lo más bestia!... Me fuí... para ganar salario, para hacer algunos ahorros y... dárselos. Pero cá! no me atrevo...

PICARD. (Aparte.)

Pobre Silvestre!

SILVESTRE.

Luego... yo habia observado que el señor Frochard miraba con buenos ojos á mi señorita, y dije: estando en su casa, le hablaré de la niña y puede ser que se case con ella. Otra barbaridad!

PICARD.

Hombre, no. El señor Frochard es muy rico...

SILVESTRE.

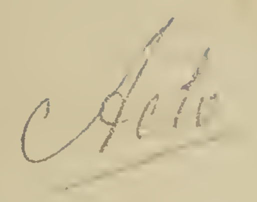
Como que heredó todos los bienes de su tio el General Roquebert! es muy rico, muy rico; pero los ricos no se casan con mugeres pobres. Ademas, ella no le quiere poco ni mucho, y dice que nunca se separará de su hermano.

PICARD. (Mirando á la casa de los hijos de Simon.)

Abren la puerta de su casa... Ellos son.

(Genoveva y Luciano salen de su casa y marchan lentamente asidos de las manos con direccion á la iglesia: aparece en el átrio de esta, Sofía y una criada: Frochard viene por la parte del arrabal y se coloca cerca de las escaleras.)

ESCENA III.



FROCHARD.—GENOVEVA.—LUCIANO.—SOFÍA.—LA CRIADA. DICHOS.

SILVESTRE. (A Picard.)

Vaya una pareja! (A Genoveva.) Vais á rezar por vuestro padre, señorita Genoveva?

GENOVEVA. (A media voz y mirando á Luciano.)

Mi padre!

LUCIANO. (Bajo á Genoveva y apretando su mano.)

No eres mi hermana así para él como para todo el mundo?

GENOVEVA.

Es verdad.

FROCHARD. (Adelantándose hácia Genoveva.)

Probablemente no encontrareis ya puesto libre en la iglesia, y os ofrezco mi escaño: el asiento de la autoridad.

GENOVEVA. (Rehusando.)

Gracias!...

LUCIANO.

Esa misa va á decirse por el alma del cabo Simon, y no habrá nadie que niege un lugar á los huérfanos que van á pedir á Dios por su padre.

FROCHARD.

Con todo, si Genoveva se dignase aceptar...

LUCIANO.

La señorita Genoveva rehusa.

FROCHARD.

Sea enhorabuena; pero tened presente que quien rechaza de ese modo las atenciones que se le dispensan, debe estar muy seguro de no necesitar á nadie en la vida.

LUCIANO.

Cuando necesite, no recurriré á vos.

GENOVEVA. (Aparte á Luciano.)

Por qué le respondes con esa dureza?

LUCIANO. (Bajo á Genoveva sin poder reprimirse.)

Porque... tengo celos!

GENOVEVA.

Luciano!.. Vamos á rezar por nuestro padre. (Entran en la iglesia seguidos de Silvestre y Picard. Sofía, que ha descendido á la plaza, se queda inmóvil contemplando á Genoveva.)

ESCENA IV.

SOFÍA.—LA CRIADA.—FROCHARD.

SOFÍA. (Que ha seguido con la vista á Genoveva.)

Qué hermosa jóven!

FROCHARD. (Que tambien ha seguido con la vista á Luciano.)

Pobre y soberbio!.. Debes aun más de lo que vale la casa en que vives, y me cierras tu puerta... Llamaré á las de tus acreedores.

SOFÍA. (A la criada.)

No va con su madre!

CRIADA.

Tal vez será huérfana!

SOFÍA.

Es verdad!.. Infeliz!.. No tanto como yo: yo he perdido á mi hija, y ni tengo el consuelo siquiera de llorar sobre su sepulcro!

CRIADA.

Sabeis de positivo que haya muerto? No pudiera vivir?..

SOFÍA. (Animándose.)

Tú crees?...

CRIADA.

Que aun debemos tener esperanza. Si es este, como aseguran, el pueblo del soldado á quien confiásteis la niña, quién sabe si hoy mismo no lograreis adquirir alguna noticia de ella?

SOFÍA.

Sí, sí. No perdamos el tiempo... (Reparando en Frochard.) Oh! este hombre... (Dirigiéndose á Frochard.) Caballero, teneis la bondad de decirme dónde vive el alcalde?

FROCHARD.

Eh?

SOFÍA.

He llegado ayer noche, y á nadie conozco.

FROCHARD.

Yo soy el alcalde. En qué puedo serviros?

SOFÍA.

Deseo averiguar si existe en esta aldea la familia de un soldado llamado Simon.

FROCHARD.

Ese hombre murió en Alemania hace más de once años.

SOFÍA.

Pero no ha dejado familia ninguna?

FROCHARD.

Sí señora, dos hijos.

SOFÍA. (Aparte.)

Dos hijos!... (Alto.) Y viven en el pueblo?

FROCHARD. (Señalando el primer término izquierda.)

Ahí enfrente.

SOFÍA.

Con quién?

FROCHARD.

Ellos solos. No tienen á nadie.

SOFÍA. (Aparte.)

Ah!.. los veré, sin embargo.

FROCHARD. (Aparte.)

Quién será esta señora?

SOFÍA.

Perdonad si he abusado de vuestra atencion, caballero...

FROCHARD.

Mi apellido es Frochard, (Señalando hácia el interior del segundo término izquierda.) y aquella casa grande la vuestra.

SOFÍA.

Gracias! (Aparte.) Frochard?... Yo recuerdo este nombre.

FROCHARD.

Aunque no tengo el honor de conoceros...

SOFÍA.

Oh!...

FROCHARD.

Ni sé el objeto de vuestra venida, os daré permiso para que podais visitar mi quinta de Roquebert.

SOFIA.

Roquebert!

FROCHARD.

Conoceis, por ventura... ese título?

SOFÍA.

Yo?... No.

FROCHARD.

Es el de un valiente General, que no existe. Tropezó con una bala, y yo tropecé con su inmensa fortuna.

SOFÍA.

Vos?... Cómo?..

FROCHARD.

Heredándole. Soy su sobrino, su único heredero.

SOFÍA. (Aparte.)

Su único heredero!... (Despidiéndose.) Adios.

FROCHARD.

Adios, señora. (Aparte.) Qué curiosa y qué reservada! Yo sabré quién eres.

SOFIA. (Á la criada.)

Vamos. (Ambas se dirigen á la casa de los hijos de Simon.)

FROCHARD. (Al comprender su objeto.)

No os molesteis: ahora están en la iglesia.

SOFÍA.

Gracias... (Aparte á la criada.) Volveremos despues. (Vanse las dos por la izquierda.)

FROCHARD. (Para sí.)

Qué tendrá que ver con los hijos de Simon? (Éntrase en la iglesia.)

ESCENA V.

CORO y órgano dentro.—A poco aparece SIMON por el fondo; baja con lentitud y trabajo la vereda; al oir el cántico relijioso se descubre y se arrodilla delante de la iglesia; despues se levanta, mira á todos lados y reconoce su casa.

CORO. (Dentro.)

Consuelo de aflijidos,
Madre del Redentor,
del huérfano que llora
escucha la oracion.

VOZ. (Dentro.)

Mi madre querida,
mi padre amoroso,
dejaron la tierra,
tu voz los llamó.
Concede á mis padres
eterno reposo,
y logren sus hijos
tu santo favor.

CORO. (Dentro.)

Consuelo de aflijidos, etc.

SIMON.

Ay!... (Da algunos pasos hácia adelante y se detiene.) Las fuerzas me abandonan: he andado tantas leguas para volverlos á ver, y ahora me faltan brios para dar el último paso que de sus brazos me separa. Pero, qué me importan las penalidades que he sufrido durante los once años de mi cautiverio, si con solo llamar á esa puerta... (Se acerca á la casa.) Oh!... no me atrevo á llamar... Qué habrá pasado desde entonces ahí?... Nada. Qué ha de haber sucedido! (Aproximándose más á la puerta.) No se oye el más leve rumor... Estarán durmiendo todavía Esperaré á que se levanten. Si me presento así, de repente, al cabo de once años, cuando es probable que me tengan por muerto...

ESCENA VI.

(Música.)

DICHO.—SILVESTRE, que sale de la iglesia.

SILVESTRE. (Reparando en Simon.)

Calle! Qué busca ese viejo á la puerta de mis señoritos? Alguna limosna. Cómo tiembla, y qué pálido está! (Acercándose á Simon.) Hola!... Qué se ofrece, buen hombre?

SIMON.

Sois vos de la casa?

SILVESTRE.

Como si lo fuera. Pues no es nada lo que me interesan á mí las personas...

SIMON.

Y no es aquí donde vive la familia de un... de un soldado?...

SILVESTRE.

Justo: del cabo Simon, que murió en la batalla de Ulma.

SIMON.

Murió!

SILVESTRE.

Era un valiente!

SIMON. (Con orgullo.)

Sí, eh?

SILVESTRE.

Oh! Todos respetan su memoria en el pueblo.

SIMON.

De veras?

SILVESTRE.

Vaya!

SIMON.

Y se acuerdan alguna vez de él los que viven aquí? (Señalando la casa.)

SILVESTRE.

Alguna vez?... No señor.

SIMON.

Ah!

SILVESTRE.

Lo que pasa es que no le olvidan un solo momento.

SIMON. (Con alegria.)

Es posible?

SILVESTRE.

Y le lloran todos los dias.

SIMON.

Tambien?...

SILVESTRE.

Toma! Qué han de hacer sino llorar los pobres muchachos, habiendo quedado sin amparo en la tierra?

SIMON.

No vive su madre?

SILVESTRE.

Cá, no señor. La señora Catalina murió á los tres años de volver de Alemania.

SIMON.

Dios mio!

SILVESTRE. (Para sí.)

Y se aflije! (Alto.) Os poneis malo?

SIMON. (Procurando ocultar su dolor.)

Yo?... No... el cansancio...

SILVESTRE.

Quereis tomar alguna cosa?

SIMON.

Gracias. Quiero... Pero ellos están ahí, no es verdad?

SILVESTRE.

Están en la iglesia rezando por el alma de su padre. Como hoy es el aniversario de la muerte del cabo Simon...

SIMON.

Hoy? (Para sí.) Es verdad: el ocho de Octubre...

SILVESTRE.

Aunque andan bastante escasillos de... (Explicando con la accion la palabra.) pues: le han mandado decir una misa, como todos los años.

SIMON.

Una misa!... (Para sí quitándose el sombrero que deja caer al suelo y levantando las manos al cielo.) Una misa por el pobre soldado... Ah! Hijo de mi alma, Dios te pague el amor que te debo: solo tu cariño puede consolar mi quebranto. (Queda profundamente abismado.)

SILVESTRE. (Para sí.)

Qué le dá? Me parece que llora... Vamos, será tan bestia como yo cuando así se apura por lo que no le va ni le viene.

ESCENA VII.

DICHOS.—FROCHARD, que sale de la iglesia.

FROCHARD. (Aproximándose á Silvestre.)

Silvestre, toma la llave, ve á casa y tráeme el dinero de las limosnas. (Le dá una llave.)

SILVESTRE.

A propósito de limosnas: si quereis hacer una obra de caridad...

FROCHARD. (Sin oirle.)

Anda pronto.

SILVESTRE.

Bien; pero...

FROCHARD.

No tardes.

SILVESTRE.

Corriente. (Váse por el segundo término izquierda, y Frochard queda ocupando próximamente su puesto en escena, pero sin reparar en Simon.)

FROCHARD. (Para sí.)

Ni una vez me ha mirado!

SIMON. (Para sí.)

Viven en la miseria, cuando con una sola palabra mia!... Pero ya estoy aquí y hoy mismo... (Volviéndose vivamente hácia Frochard y le dice creyendo que habla con Silvestre.) Conque conoceis á los hijos del cabo Simon y tanto os interesais por su suerte?

FROCHARD.

Eh?

SIMON.

Decid... (Queda cortado reconociendo su error.)

FROCHARD.

Quién sois para importunar con preguntas al único que tiene aqui el derecho de interrogar á los demás?

SIMON.

Perdonadme.

FROCHARD. (Para sí.)

Parece un mendigo. (Alto.) Pronto. Quién sois? de dónde venis? dónde vais?

SIMON.

Yo...

FROCHARD.

Estais delante del alcalde de San Lorenzo.

SIMON.

Pues bien, señor alcalde: soy un pobre soldado hijo de este pueblo, vengo de lejanas tierras, y voy á mi casa.

FROCHARD.

Á vuestra casa? vuestro nombre?

SIMON.

Antonio Simon.

FROCHARD.

Antonio Simon! No es posible: hace más de once años que los boletines del ejército publicaron su muerte.

SIMON.

Fué un engaño de los muchos que han tenido lugar durante la guerra. Yo caí prisionero en la batalla de Ulma, intenté fugarme, fuí detenido, herí á dos enemigos y me encerraron en una fortaleza.

FROCHARD. (Aparte.)

Diablo! La presencia de este hombre puede contrariar mis proyectos. Genoveva va á tener el amparo de un padre... (Alto.) Con que fué un engaño? Quién habia de imaginar?... Os doy la enhorabuena, cabo Simon: sobre todo si en vez de una boca más qúe alimentar, traeis á vuestros hijos algunos ahorros, porque los necesitan bastante.

SIMON.

Algunos ahorros?... Les traigo más que eso: les traigo una inmensa fortuna.

FROCHARD.

Una inmensa fortuna? Já!... já...

SIMON.

Os burlais? No lo extraño.

FROCHARD.

Ya sé que el Emperador enriquecia á sus Generales; pero no tengo noticia de que hiciese otro tanto con los cabos de escuadra.

SIMON.

Y si se tratase de la fortuna de un General?

FROCHARD.

De un General?

SIMON.

Precisamente.

FROCHARD.

Cómo?

SIMON.

Sabed, por si acaso necesito el auxilio de vuestra autoridad, que todos los bienes del general Roquebert pertenecen á Genoveva, á mí hija adoptiva.

FROCHARD. (Aparte con espanto.)

Roquebert!... Qué dice este hombre? (Alto.) Estais loco?

SIMON.

No señor, no señor: tengo pruebas!

FROCHARD.

Pruebas!

SIMON.

Anoche pernocté en San Maló, y allí supe que los bienes del General han venido á poder de un sobrino suyo llamado... Frochard. Le conoceis?

FROCHARD.

Yo?... No... es decir... (Aparte.) Maldicion!

SIMON.

Pero le desposeeremos inmediatamente: porque los papeles se

hallan archivados aquí, en este pueblo, y no tengo más que decir al notario ciertas palabras con él convenidas, para que entre en posesion de esos bienes la heredera legítima.

FROCHARD.

Conque... solo con decir... Qué palabras son esas?

SIMON.

Perdonadme; pero únicamente al notario puedo decirlas.

FROCHARD. (Aparte.)

Oh!

SIMON.

Ya veis si traigo á mis hijos una boca más que alimentar.

FROCHARD. (Aparte y con desesperacion.)

No, no: traeis mi ruina, mi muerte!

SIMON. (Mirando hácia la iglesia.)

Me parece que se acaba la misa. (Se dirige á la iglesia.)

FROCHARD. (Cogiéndole por el brazo.)

Esperad. (Aparte.) Es preciso ganar tiempo.

SIMON.

Voy á ver á mis hijos.

FROCHARD.

Qué locura, si os presentais así, de repente, cuando hace tantos años que os lloran por muerto... No, no: es necesario prevenirlos con maña.

SIMON.

Creeis?

FROCHARD.

Yo me encargo de ello.

SIMON.

Tenerlos tan cerca y no poder volar á sus brazos! Paciencia! Esperaré: quien ha esperado tanto tiempo... Pero no tardareis en prepararlos, verdad?

FROCHARD.

En... seguida... cuando estén en su casa...

SIMON.

No pudiera verlos entretanto siquiera? verlos sin que me viesen, sin hablarles una sola palabra? Mirad: desde allí, detrás del cancel de la puerta.

FROCHARD.

Bien; pero que nadie sepa vuestra venida.

SIMON.

Por supuesto.

FROCHARD.

Me lo prometeis?

SIMON.

Yo os lo fio. (Deja el morral sobre una de las mesas que están á la puerta de la taberna.)

FROCHARD. (Aparte.)

Qué hacer ahora? Cómo paro este golpe? (Mira á Simon, el cual se dirije á la iglesia, sube los escalones, se para y por fin entra dentro.)

SIMON.

Voy á verlos, á verlos despues de tantos años!

(Música.)

ESCENA VIII.

FROCHARD.

Viejo maldito, por qué no te mataron de veras? Con que tendré que devolver mi casa, mis prados, mis bosques, mi quinta... todo cuanto poseo, para que nadie me salude ni me respete!... Yo que abandoné mi patria para hacer fortuna y no hubiera vuelto á ella jamás sin conseguirlo, voy á encontrarme tan pobre como el dia que salí de mi pueblo? No será: vive Dios! Aun soy rico y con el dinero todo se allana. Lo que yo necesito es tiempo, tiempo para pensar y encontrar el remedio. Si yo hubiera podido adivinar... Casado con esa muchacha... nada habia que temer; pero ahora... Quizá todavia...

ESCENA IX.

Dicho.—SILVESTRE.

SILVESTRE. (Que sale corriendo y muy agitado.)

Señor!... Señor!

FROCHARD.

Qué es eso?

SILVESTRE.

Ay Dios mio!...

FROCHARD.

Qué sucede?

SILVESTRE.

Si no sé cómo deciros...

FROCHARD.

Acaba.

SILVESTRE.

Nos han robado!

FROCHARD.

Cómo? Quién?

SILVESTRE.

Un ladron!

FROCHARD.

Si no te explicas!...

SILVESTRE.

Nos han robado el dinero de las limosnas!

FROCHARD.

El fondo de los pobres?

SILVESTRE.

Sí, señor: las seiscientas ventisiete libras que teníamos en casa y que me mandásteis traer. Me he encontrado con la caja abierta y vacía... Yo no sé cómo ha sido... Yo no tengo la culpa... Soy muy bestia, muy bestia, pero honrado, en buena hora lo diga, incapaz de...

FROCHARD.

Quién ha dicho que tú?...

SILVESTRE.

Como á mí me entregásteis la llave...

FROCHARD.

Basta. Es el primer robo que se hace en las casas del pueblo.

SILVESTRE.

Pero quién habrá sido?

FROCHARD.

Verdad que no faltan vagamundos por los alrededores.

SILVESTRE.

Eso sí.

FROCHARD. (Aparte.)

Oh! si yo lograse que recayesen en él las sospechas ..

SILVESTRE.

De algun tiempo á esta parte...

FROCHARD.

Ahora poco, cuando vine en tu busca, se acercó á mí un mendigo, ya viejo; que supone haber sido soldado... y que no me dió buena espina.

SILVESTRE.

Cómo, sospechais de ese viejo?

FROCHARD.

Sus trazas...

SILVESTRE.

Pondría las manos en el fuego por él.

FROCHARD. (Con sobresalto.)

Le conoces acaso?

SILVESTRE.

No señor; pero estoy seguro de que es inocente.

FROCHARD. (Con ira.)

Por qué?

SILVESTRE.

Porque ese pobre hombre ha llegado al pueblo cuando empezó la misa, y el robo se ha debido hacer esta noche.

FROCHARD.

Qué sabes tú?

SILVESTRE.

Yo soy muy bestia y no sé nada; pero he visto que ayer noche llovió, que esta mañana estaban ya secas las calles, y que en las esteras del cuarto se conocen las pisadas del que ha entrado á llevarse el dinero.

FROCHARD.

Eso no prueba...

SILVESTRE.

Además, el ladron debe ser alguna persona de las que frecuentan la casa.

FROCHARD.

Por qué?

SILVESTRE.

Porque sabe que la llave del corral se pone debajo de la puerta para que pueda abrir el pastor cuando trae la leche, y porque el perro le ha dejado entrar y salir sin decir esta boca es mia.

FROCHARD. (Con viveza.)

Bien está. Yo averiguaré...

SILVESTRE.

Despues de todo, quizá no sea lo que yo me figuro... como soy tan animal!...

FROCHARD.

Eso sí. Vé á buscar á los gendarmes.

SILVESTRE.

Voy corriendo, señor. (Vase.)

ESCENA X.

PICARD.—FROCHARD.

FROCHARD. (Para sí.)

Reniego de tí y de tus observaciones; pero no importa: mientras se averigua la verdad... (Aparte viendo á Picard que se adelanta trémulo, con la cabeza baja y el sombrero en la mano.) Oh! cuando más necesito estar solo... (Alto á Picard.) Qué ocurre?

PICARD. (Con voz turbada.)

Vengo á deciros... que se ha cometido un robo en vuestra casa.

FROCHARD.

Lo sé.

PICARD.

Pero ignorais quién ha sido el ladron.

FROCHARD.

Tengo alguna sospecha...

PICARD.

Oh! de quién?

FROCHARD.

De cierto forastero... Un bergante...

PICARD.

Estais equivocado. Leed. (Entregándole una carta.)

FROCHARD. (Leyendo.)

«He robado á los pobres seiscientas veintisiete libras, las he perdido al juego, y voy á trabajar para restituirlas. No me maldigais, padre mio...» (A Picard.) ~~Vuestro hijo!~~

PICARD. (Con la mayor amargura.)

Mi hijo!

FROCHARD. (Con dureza.)

Y sois vos, su padre, quien lo delata, quien me enseña este escrito?

PICARD.

No es justo que padezca ningun otro por él. Además, vengo á devolveros la suma robada, y á pediros en nombre del cielo que no denuncieis ese crímen. Tomad. (Le dá un talego lleno de monedas.)

FROCHARD. (Despues de examinarlo.)

No puedo serviros. Aquí hay algunas monedas de oro que no han pertenecido nunca al caudal de los pobres. Este es el fruto de vuestras economías.

PICARD.

Qué importa, si la suma es la misma?

FROCHARD.

No soy yo la única persona que tiene noticia del robo: son varias.

PICARD.

Por piedad, no deshonreis mi nombre: suspended todo procedimiento... Yo voy á buscar á mi hijo, y le traeré si es preciso, arrastrando, para que le impongais el castigo que mejor os parezca.

FROCHARD. (Movido por un nuevo pensamiento.)

Me prometeis salir inmediatamente en su busca?

PICARD.

Lo juro.

FROCHARD.

Pues bien: yo os prometo salvarle... como mejor pueda, y dejar

á salvo tambien vuestro nombre; pero es preciso que os marcheis al momento, y que no volvais con él mientras yo no os avise.

PICARD.

Lo haré.

FROCHARD. (Señalándole el camino.)

Partid ahora mismo.

PICARD.

Oh! gracias. Os debo la vida. (Váse por el fondo.)

ESCENA XI.

FROCHARD solo.—(Siguiéndole con la vista.)

Se fué! Ya me he descartado de uno... Pero el otro... (Mirando alrededor y reparando en el morral de Simon.) Estoy solo... Nadie puede verme... (Aproximándose á la mesa y volviendo la vista atrás.) Este es su morral... Poniéndole dentro las seiscientas veintisiete libras... sí, sí. (Lo hace.) Qué papeles son estos? Veamos. (Separándose y volviendo al centro de la escena con un papel que saca del morral.) Su pasaporte!... Bravo! (Rompiendo el papel y volviendo hácia la iglesia.) Antonio Simon, hace once años que los boletines del ejército te dieron por muerto, y ya no eres más que un mendigo. (Guarda los pedazos de papel en su bolsillo.)

(Musica hasta el final.)

ESCENA XII.

SIMON.—ALDEANOS.—FROCHARD.—Luego LUCIANO.—GENOVEVA.

SIMON. (Que sale de los primeros y dice á Frochard.)

Los he visto!... Ya vienen: ahí están, caballero.

(Luciano y Genoveva salen de la iglesia; algunos aldeanos se ván por distintas direcciones: otros se sientan á la puerta de la taberna, y los más permanecen agrupados en el centro.)

FROCHARD.

Quién?

SIMON.

Mis hijos! Cómo me late el corazon!... Mirad á mi Luciano: es ya un hombre! y la niña?

LUCIANO. (A Genoveva, señalando á Simon.)

No ves, Genoveva? Un veterano! (Saludan respetuosamente á Simon, y se entran en su casa.)

GENOVEVA.

Sí, como lo seria nuestro padre.

SIMON. (Haciendo ademan de seguirlos.)

No puedo resistir más.

FROCHARD. (Interponiéndose y poniéndole la mano en el pecho.)

Deteneos.

SIMON.

Bien; pero no tardeis en cumplirme vuestra promesa. Decidles que aun vivo, que voy á venir, que he llegado.

FROCHARD. (Con calma.)

Un momento. (Levantando la voz.) Para dar ese paso, necesito estar bien seguro de que sois lo que pretendeis ser.

SIMON.

Lo que pretendo ser?

FROCHARD.

Sí, señor.

SIMON.

Vos sabeis...

FROCHARD. (Interrumpiéndole y con fuerza para llamar la atencion.)

Yo no sé más que lo que me habeis querido decir.

SIMON. (Alterado.)

Dudais de mi palabra?

(Los aldeanos se aproximan lentamente.)

FROCHARD.

Cuando hay tantos vagabundos que se finjen soldados, cuando...

SIMON. (Con ira.)

Caballero! (Reprimiéndose.) Acabad de una vez.

FROCHARD.

Os habeis presentado á mí bajo el nombre de un soldado hijo de

este pueblo, y como ese soldado pasa oficialmente por muerto hace más de once años, tengo motivo para dudar de vuestras palabras.

SIMON. (Con calma aparente.)

Teneis más que oponer?

FROCHARD.

Debo añadir que se acaba de cometer un robo en mi casa.

SIMON. (Fuera de sí.)

Un robo? (Acercándose friamente á Frochard y cogiéndole por el traje.) Decidme, caballero; por qué me hablais á mí de ese robo?

FROCHARD.

Os lo diré cuando sepa quién sois.

SIMON.

Vais á saberlo, y despues... Desgraciado de vos! (Corre hácia donde está el morral; pero se detiene, retrocede y dice á Frochard.) Me habeis interrogado como un juez y os he dicho mi nombre, mi historia, hasta mis esperanzas; pero habeis dudado de mí y tengo derecho para trataros con igual precaucion. Cómo os llamais?

FROCHARD

Frochard.

SIMON. (Vivamente.)

Frochard! el sobrino del general Roquebert! El hombre á quien voy á despojar de sus bienes!.. No importa. (Vuelve á donde está la mesa y empieza á registrar el morral.) Comprendo la intencion que te guia: meditas algun proyecto infame para que nadie me dé crédito. (Buscando.) Te desprecio... te... (Con afan.) Dónde están mis papeles?

FROCHARD. (A los aldeanos con ironía.)

No encuentra sus papeles!... Es probable que los haya perdido!

SIMON.

Aquí estaban!... (Encuentra el talego.) Dinero? (Lo arroja sobre la mesa.)

FROCHARD,

Calle! Por lo visto no estais tan falto de dinero como de papeles. (Simon le mira sin comprenderle.) Apostamos á que sé yo mejor que vos mismo la suma que encierra esa bolsa?

SIMON. (Atontado.)

La suma... que...

FROCHARD. (A los aldeanos con autoridad.)

Contad vosotros. Ahí debe haber seiscientas veintisiete libras: las mismas que me han robado esta mañana y que pertenecen al caudal de los pobres.

SIMON. (Fuera de sí.)

Miserable! (Se lanza sobre Frochard; varios aldeanos le cogen y sugetan; nuevas personas acuden al ruido, y Simon exclama procurando desasirse:) Ladron, yo!... Yo!... No lo habeis oido?... Dice que le he robado!... Yo... (Lanzando un grito y cubriéndose el rostro con las manos.) Ah!... (Cae en los brazos de los que le sugetan como herido de un ataque apoplético. Un aldeano acerca un banco donde le colocan.)

GENOVEVA. (Que sale de la casa y ve á Simon.)

Gran Dios! Qué le ha sucedido? (Corre á donde está Simon y ayuda á sostenerle; este vuelve en sí lentamente, mira á los que le rodean y sus ojos se encuentran con los de Genoveva.) Qué teneis, pobre anciano?

(Música.—Simon intenta responder, pero son vanos sus esfuerzos y su garganta solo produce sonidos inarticulados. Reconoce que ha perdido la palabra, lanza un grito y se deja caer sobre el banco, llorando.)

FROCHARD. (En voz baja y al oido de Simon.)

Abandonad el pueblo: yo no os quiero prender; pero no volvais por aquí, porque entonces...

(Simon que le ha escuchado con sorpresa y despecho, le arroja una mirada de desprecio.)

LUCIANO. (Saliendo de la casa.)

Quién mueve este escándalo?

FROCHARD. (En voz baja.)

Este viejo truhan que ha robado el dinero de los pobres.

LUCIANO. (Alto.)

El dinero de los pobres?

(Simon levanta rápidamente la cabeza vé á su hijo y un rayo de alegria brilla en sus ojos.)

FROCHARD.

Pero no le quiero prender.

LUCIANO. (Mirando á Simon con lástima.)

Infeliz!... (Simon intenta acercarse á sus hijos apoyándose en los que tiene cerca de sí.) Un ladron!...

(Al oir esta frase, Simon quiere justificarse, no puede hablar, se lleva las manos á la boca como para arrancarse las palabras, y cae sin sentido.)

(Cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

Sala baja: en el fondo una puerta y dos grandes rejas que dan á la plaza del pueblo: puertas laterales: en la pared del fondo encima de la puerta, el retrato de Catalina con traje de cantinera: debajo de una de las rejas, un cofre: á la derecha una mesa de pino, sobre la cual habrá un cuadro de la Vírgen: á la izquierda un sillon: sillas etc...

MÚSICA.

ESCENA PRIMERA.

SILVESTRE.—GERMOND.

GERMOND.

Luciano no vuelve y me es imposible aguardar más.

SILVESTRE.

Si quereis que yo le diga algo de vuestra parte...

GERMOND.

Sí; dale este papel.

SILVESTRE.

Así lo haré, señor Germond.

GERMON.

Y díle que siento á par del alma tener que cumplir las órdenes que se me han dado; pero que tal es mi deber.

SILVESTRE.

Con que la cosa no tiene remedio?

GERMOND.

No: hoy mismo se verificará el embargo.

SILVESTRE.

Á cuánto sube la deuda?

GERMOND.

Á dos mil francos.

SILVESTRE.

Voto vá!

GERMOND.

Cuenta con no entregar este papel á nadie más que á Luciano. Entiendes?

SILVESTRE

Sí, señor: descuidad!

(Vase Germond.)

ESCENA II.

SILVESTRE, solo.

Ya sé que el pobre no quiere que su hermana lo sepa. Maldito lo que me gusta el encargo... pero como soy tan borrico... Ella viene aquí.

ESCENA III.

SILVESTRE.--GENOVEVA. Á poco LUCIANO.

(Genoveva entra lentamente por la puerta de la derecha con un devocionario abierto en la mano: pasa por delante de Silvestre sin verle, y se sienta en el sillon.)

SILVESTRE.

Pues: tan pensativa como siempre. Válgate Dios! Las mozas de su edad rien y bailan que se las pelan, y ella... (Viendo entrar á Luciano por la puerta del foro.) Aquí está el otro (Muy bajo, haciéndole señas.) Ps. Ps

LUCIANO. (Acercándose á él.)

Qué hay?

SILVESTRE. (Señalando á Genoveva.)

Chito!

GENOVEVA. (Volviéndose hácia ellos.)

Eh?

LUCIANO.

Nada, nada.

SILVESTRE. (Escondiendo precipitadamente el papel que tiene en la mano.)

No es nada; señorita. (Genoveva se pone de nuevo á leer.)

LUCIANO.

Dame. (Toma el papel estrujándole en la mano y despues lo tira.)

SILVESTRE. (Aparte.)

Cómo lo estruja! (Alto.) Hasta luego: tengo que hacer. (Vase por el oro.)

ESCENA IV.

LUCIANO.—GENOVEVA.

LUCIANO.

Genoveva.

GENOVEVA.

Luciano.

LUCIANO.

Qué libro es ese?

GENOVEVA.

El devocionario de nuestra madre.

LUCIANO.

Oh! Genoveva, si un dia nos quitasen esta casa...

GENOVEVA. (Muy alarmada.)

Quitárnosla? Quién? Por qué?

LUCIANO (Conteniéndose.)

Es una suposicion.

GENOVEVA. (Tranquilizándose.)

Ah!

LUCIANO.

Pero si esto llegase á suceder, es preciso que á toda costa conservemos esta reliquia, que nos recordará las virtudes de nuestros pa–

dres. Escucha, Genoveva. (Despues de besar el libro.) De muchacho tenia yo muy malos instintos.

GENOVEVA.

Qué dices?

LUCIANO.

No lo dudes: era violento, colérico, arrebatado, hasta tal punto, que un dia... (Volviéndose hácia el retrato.) Oh! madre de mi alma, perdóname. Un dia, habiéndome reñido mi madre, osé amenazarla... y mi mano...

GENOVEVA.

Oh!

LUCIANO.

Al verlo mi padre se lanzó sobre mí trémulo de corage. Creí que me iba á matar; pero calmándose de repente, como para darme ejemplo de moderacion y templanza, fué á sacar de aquel cofre este mismo devocionario: hizo que mi madre le buscase los mandamientos de la ley de Dios, fijó un dedo en el que nos ordena honrar á nuestros padres, y me puso el libro abierto delante de los ojos.—Leí; y acatando las órdenes del cielo y del que me habia dado el ser, caí de rodillas á los pies de mi madre con vergüenza y dolor.—El entonces me tendió la mano, me levantó y al márgen del precepto divino trazó esta cruz (Enseñándosela á Genoveva.) para perpetuar la memoria de mi falta y de mi arrepentimiento. Desde aquel dia empecé á corregirme, y en breve logré ser un buen hijo.

GENOVEVA.

Bendito sea el libro á que debiste tu salvacion. (Lo guarda en el cofre.)

LUCIANO.

Eso es, guárdalo ahí, donde ella lo guardaba siempre, y permanezca ahí hasta el dia que...

GENOVEVA. (Volviendo á su lado.)

Qué ibas á decir? Luciano, algo me ocultas.

LUCIANO.

Y aun cuando así fuese, para qué estoy yo en el mundo, sino para ahorrarte pesadumbres, para hacerte feliz, para amarte... (Abrazándola.)

GENOVEVA.

(Desprendiéndose de sus brazos como avergonzada y miráudole en actitud de súplica.)

Luciano!

LUCIANO. (Aparte.)

Dios mio! qué situacion tan angustiosa!

ESCENA V.

Dichos.—FROCHARD.

FROCHARD. (Desde el foro.)

Solos! Tanto mejor.

LUCIANO. (Aparte.)

Aquí este hombre.

GENOVEVA.

Frochard!

FROCHARD.

Servidor, señorita. Ya veis, Luciano, que no soy rencoroso. Vengo á participaros una cosa que os ha de alegrar.

LUCIANO.

Oiga!

FROCHARD.

Y antes hubiera venido, á no haberme dado tanto que hacer ese maldito robo...

GENOVEVA.

Qué ha sido de aquel infeliz?

FROCHARD.

Le he dejado escapar. Yo soy así. Grito mucho, y al fin no hago nada... Lo mismo que los perros que ladran por todo y no muerden nunca.

GENOVEVA.

Conque ese hombre?

FROCHARD.

Debe estar ya lejos de aquí. (Aparte.) De todos modos no hay que perder un solo instante. (Alto.) Volviendo al asunto que me trae á esta casa...

LUCIANO.

Ignoro qué asunto puede traeros á esta casa: pero sé que vuestra presencia en ella es un ultraje inferido á mi hermana, en quien torpemente habeis osado poner los ojos, y no he de consentir...

FROCHARD.

Conque mi presencia en esta casa es un ultraje?... Já!...já... Qué apostamos á que al punto mudais de opinion y me dais la mano?

LUCIANO.

Á vos?

FROCHARD.

Para ello me bastará decir una sola palabra.—Señor Luciano, soy rico, muy rico, el más rico de toda la comarca: vos sois pobre y teneis deudas por valor de dos mil francos!...

GENOVEVA.

Qué oigo?

FROCHARD.

Pues bien: yo, Pedro Frochard, sobrino y heredero del general Roquebert, os pido la mano de la señorita Genoveva.

LUCIANO.

Su mano!

FROCHARD. (Como contento de sí mismo.)

Es este un ultraje? Qué decís?

LUCIANO.

Su mano! Os la niego, caballero, os la niego.

FROCHARD.

Cómo!

GENOVEVA. (Bajo á Luciano.)

Luciano, yo no quiero separarme de ti.

FROCHARD.

Habeis dicho?...

LUCIANO.

Que os la niego. (Aparte.) Ella de otro! Nunca se me habia ocurrido esta idea.

FROCHARD. (Aparte.)

Sabrá que no es su hermano? Yo lo averiguaré.

LUCIANO. (Señalándole la puerta.)

Ya nada teneis que hacer aquí.

FROCHARD. (Poniendose el sombrero y cambiando de tono.)

Perdonad: aun tengo algo que deciros. Ved si son en efecto dos mil francos lo que debeis. (Repara en el papel que Luciano tiró antes al suelo; lo coge y se lo dá.)

LUCIANO

Y á vos, qué os importa?

FROCHARD.

He comprado ese crédito. Leed, y vereis que no os engaño.

GENOVEVA.

Cielos!

LUCIANO. (Despues de haber recorrido el papel con la vista.)

Oh rabia!

FROCHARD.

La casa que habíais hipotecado para responder del pago de la deuda, va á ser vendida mañana.

GENOVEVA.

Oh!

FROCHARD.

Y hoy mismo tendreis que salir de ella.

LUCIANO.

Gozaos en nuestra desdicha!...

FROCHARD.

Á menos que vos, Genoveva, no consintais en casaros conmigo.

LUCIANO.

Casarse ella con vos! Antes la miseria y el opróbio! antes la muerte!

FROCHARD.

La muerte! (Observándole atentamente.) Sabeis que vuestra negativa, más que la de un hermano, parece...

LUCIANO.

Qué?

FROCHARD.

La de un rival?

LUCIANO.

Oh!

GENOVEVA. (Con espanto.)

Qué decís!

FROCHARD. (Aparte.)

Se aman. (Alto.) Mirad bien lo que haceis: la gente es á veces muy maliciosa.—Por su felicidad y su honra, os aconsejo que la caseis cuanto antes.

LUCIANO.

Salid de aquí: salid al punto.

FROCHARD.

Volveré á saber vuestra última determinacion. Hasta luego, mi querido Luciano. (Vase por el foro.)

ESCENA VI.

LUCIANO.—GENOVEVA.

GENOVEVA.

Ay Luciano! Si ese hombre hace pública su sospecha, estamos perdidos.

LUCIANO.

Tranquilízate.

GENOVEVA.

Tranquilizarme cuando nos amenazan dos infortunios tan crueles: por un lado la vergüenza: la miseria por otro...

LUCIANO.

La miseria! Qué importa la miseria? Vengan en buena hora á despojarnos de todo cuanto poseemos. Qué importa? De alquería en alqueria iremos pidiendo trabajo.—Soy jóven, robusto y trabajaré por los dos: pediré limosna si es necesario. Lo que á mí me desespera, es que un hombre te ame y ose pedirme tu mano: lo que no puedo sufrir, son estos celos que me devoran, este amor que me mata.

GENOVEVA.

Calla, infeliz, calla y recuerda que para el mundo ese amor es un

crímen: un crímen horroroso: para el mundo somos hermanos...

LUCIANO.

Aun resuenan en mis oidos las palabras de mi pobre madre: «Esta niña no es tu hermana. Tu padre me habia mandado no descubrir el secreto; pero en este supremo instante mi conciencia no me permite ocultároslo. No sé más. Puede ser que algun dia...» La voz espiró en sus labios, nos bendijo, y murió.

GENOVEVA.

Pero, qué esperanza nos queda? Solo tu padre era depositario de ese secreto, y tu padre tres años antes habia dejado de existir.

LUCIANO.

No quiero persuadirme de que nuestra desgracia sea irremediable.

GENOVEVA.

Por hermanos nos hizo pasar tu madre; hermanos somos á los ojos de todo el mundo. Dí la verdad y nadie te creerá: antes la verdad parecerá torpe mentira inventada por nosotros para disculpar el crímen de amarnos; porque yo tambien te amo á tí; te amo con todo mi corazon...

LUCIANO.

Oh Genoveva!

GENOVEVA.

Mas por esto mismo es fuerza que nos separemos.

LUCIANO.

Qué dices? Separarnos? Para que ames á otro? Si te perdiese, no lo dudes, me mataria!...

GENOVEVA.

El amor que te tengo durará tanto como mi vida.

LUCIANO.

Pero si es preciso que exista alguna prueba de que no eres mi hermana! Debe haberla! Qué tormentos no padeceria yo gozoso, qué no haria yo por hallarla! Oh! Dios mio! ilumina mi entendimiento, díme qué resolucion debo tomar: qué debo hacer! Ha de durar eternamente este funesto engaño?

GENOVEVA.

Vuelve en tí: hora es ya de pensar qué haremos cuando nos hayan echado de esta casa.

LUCIANO.

Dices bien. Por mí vas á verte sin hogar, condenada á la más espantosa miseria.

GENOVEVA.

La desgracia lo ha hecho todo: tú no.

LUCIANO.

Es preciso buscar algun medio de salvacion. Todos mis amigos, cuando he ido á pedirles auxilio, me han vuelto la espalda. Recurriré otra vez al que más favores me deba; me arrojaré á sus plantas, le ofreceré en prenda mi vida.

GENOVEVA.

Ten confianza en Dios.

LUCIANO.

Genoveva, Genoveva mia; perdóname, no me aborrezcas. Qué va á ser de tí?... Esto es horrible! Me desespero! Me vuelvo loco...

(Vase precipitadamente por el foro.)

(Música.)

ESCENA VII.

GENOVEVA.—Á poco SOFÍA.

GENOVEVA.

Madre de los desgraciados, ten piedad de nosotros!

(Se arrodilla delante de la imágen de la Virgen, y hace como que reza en voz baja. Pausa durante la cual tocará la orquesta una pieza análoga á la situacion.)

SOFÍA. (Presentándose en la puerta del foro despues de la pausa.)

Aquí es. (Entrando en la habitacion.) No hay nadie... (Reparando en Genoveva.) Sí, una jóven rezando.

GENOVEVA. (Levantándose.)

Oh! Quién?...

SOFÍA.

Perdonad si os molesto.

GENOVEVA.

De ningun modo, señora. (Ofreciéndole una silla.) Tomad asiento y decidme en qué puedo serviros.

SOFÍA.

Gracias, hija mia. (Sentándose.) Pero sentaos vos tambien: (Genoveva va á sentarse á alguna distancia de Sofía.) Aquí, á mi lado. (Genoveva acerca la silla y se sienta cerca de Sofía.) (Qué linda es, y qué buena parece.)

GENOVEVA. (Manifestando desconfianza y recelo.)

Qué querrá?

SOFÍA.

Me han dicho que vuestro padre fué militar.

GENOVEVA.

Es cierto.

SOFÍA.

Me han asegurado ademas que murió combatiendo hace once años.

GENOVEVA.

Tambien es cierto, por desgracia.

SOFÍA.

Cómo lo averiguásteis?

GENOVEVA.

Los boletines del ejército publicaron su muerte.

SOFÍA.

Y esa noticia seria exacta? En guerras como las del Imperio, se han debido padecer muchas equivocaciones al tratar de inquirir la suerte de los combatientes. Muchos sin duda, estando solamente prisioneros ó heridos, habrán pasado por muertos; acaso vuestro padre...

GENOVEVA.

Ah! señora, qué decís? (Con vivo interés.) Sabeis algo? Teneis alguna noticia?

SOFÍA.

Nada sé; hacia una conjetura que no me parece infundada.

GENOVEVA.

Ah! Tambien nosotros por espacio de mucho tiempo hemos hecho conjeturas... hemos alimentado esperanzas; pero al fin ha sido forzoso convencerse de la verdad.

SOFÍA.

Nada habeis vuelto á saber? Ninguna noticia... ningun indicio?...

GENOVEVA.

Ninguno.

SOFÍA. (Aparte.)

No me habian engañado.

GENOVEVA. (Aparte.)

Cuál será su intencion?

SOFÍA.

Qué personas habeis conocido en esta casa?

GENOVEVA.

Unicamente á mi madre y mi hermano.

SOFÍA.

No envió á decir nada vuestro padre ni á la una ni al otro, antes de morir?

GENOVEVA.

Nada.

SOFÍA.

Se sabe á punto fijo el dia de su muerte?

GENOVEVA.

El 8 de octubre de 1807.

SOFÍA. (Aparte.)

Eso es. Desdichada de mí!

GENOVEVA.

Os sentis mala? Qué teneis?

SOFÍA.

Nada, hija mia, nada. Sabia todo lo que me habeis dicho; pero hay cosas tan dificiles de creer! Y sin embargo, todo está claro como la luz, no es posible dudar. Aquel funesto dia fué sorprendido el destacamento que mandaba el general Roquebert: en la lucha murió el General, murió vuestro padre, y con ellos... Morir al golpe de un acero ó de una bala: morir quizá de hambre y de frio en medio de los campos! Jamás se aparta de mí esta horrorosa idea! Dios mio, Dios mio! libradme de una vida que no puedo soportar!

GENOVEVA.

No os entiendo, señora.

SOFÍA.

Perdonadme: soy muy desgraciada. Durante once años no he cesado un solo momento de padecer y de llorar.

GENOVEVA.

Teníais allí algun pariente?

SOFÍA.

Sí, eso es: un pariente. (Alto.) Oh! Roquebert, más feliz has sido tú que yo! (Se deja caer en un sillon y oculta el rostro entre las manos, oyéndose sus sollozos.)

GENOVEVA.

Pobre señora... Me aflije verla así.

SOFÍA. (Enjugándose las lágrimas.)

Qué miro! estais llorando?

GENOVEVA.

No señora, no, sino que...

SOFÍA.

Por qué ocultar un sentimiento que os enaltece? Gracias, hija mia, gracias. Qué edad teneis?

GENOVEVA.

Diez y siete años.

SOFÍA. (Aparte.)

Los mismos que ella tendria ahora.

GENOVEVA. (Aparte.)

Con qué atencion me mira!

SOFÍA.

No sabeis qué profunda simpatía me habeis inspirado. Teneis una voz tan dulce, un rostro tan lindo, un corazon tan bueno...

SILVESTRE.

(Apareciendo en la puerta del foro, donde permanece hasta el fin de esta escena.)

(Calla, la forastera.)

SOFÍA.

En breve me ausentaré de este pueblo. No teneis nada que pedirme? No podria seros útil en algo?

GENOVEVA.

Me confunde vuestra bondad.

SOFÍA.

Me permitís que os dé un abrazo?

GENOVEVA. (Como cortada.)

Señora...

SOFÍA. (Abrazándola y besándola.)

Adios, hija mia; nunca me olvidaré de tí.

GENOVEVA.

Tampoco yo os olvidaré nunca.

SILVESTRE. (Aparte.)

Digo si se han hecho amigas!

SOFÍA. (Besándola de nuevo.)

Adios! (Vase Sofía por el foro al tiempo que entra Luciano.)

GENOVEVA.

Adios!

ESCENA VIII.

GENOVEVA.—SILVESTRE.—LUCIANO.

LUCIANO. (Tirando el sombrero al entrar y dejándose caer en una silla.)

Todo inútil!

GENOVEVA.

Santos del cielo!

LUCIANO.

No hay medio de pagar la deuda.

SILVESTRE.

Por vida de mi abuela!

LUCIANO. (Levantándose.)

Necesitamos estar solos.

SILVESTRE.

Pero es que antes de irme tengo que deciros una cosa.

LUCIANO.

Habla.

SILVESTRE.

Vereis. (Música.) Iba yo hace poco á la huerta de mi amo, cuando al llegar á lo alto de la cuesta, veo á ese soldado á quien el señor Frochard acusó de ladron esta mañana. Estaba sentado en una piedra al borde del camino.

GENOVEVA.

Pobre hombre!

SILVESTRE.

Cómo! dije yo para mí. Sabe que los gendarmes le han de echar mano si le encuentran y se está ahí sentado tomando el sol? Esto no es natural.

GENOVEVA.

Con efecto.

SILVESTRE.

Me acerco á mi hombre y le pregunto qué hace en aquel sitio. Él entonces se vuelve hácia mí, y con los ojos y las manos, que violentamente se acercaba á la boca, me dice de un modo tan claro que aun otro más bestia que yo le hubiera entendido.—«Ya ves que no puedo responderte... ya ves que no puedo hablar.»

LUCIANO.

Acaso?...

SILVESTRE.

Y en esto, dos lágrimas tan gordas como avellanas le rodaban por los carrillos. Yo he visto llorar á mucha gente, y me he reido al verlo. Pues bien, señorita, al ver las lágrimas de ese veterano, no sé qué ha pasado por mí; he sentido oprimírseme el corazon, y he soltado el trapo á llorar como una criatura... (Sollozando.) Digo si soy animal!

LUCIANO.

Y despues, qué pasó?

SILVESTRE.

Despues... Esto sí que va á sorprenderos. Despues estendió hácia el pueblo una mano temblorosa y me señaló... Cosa más particular!... Me señaló esta casa con un ademan como si quisiera decirme: «Allí es, allí es.»

LUCIANO.

No comprendo.

GENOVEVA.

Ni yo.

LUCIANO.

Qué idea! Genoveva...

GENOVEVA. (Como animada de la misma esperanza que Luciano.)

Habla!

LUCIANO.

Habrá conocido á nuestro padre?

SILVESTRE.

Sí, le respondí; allí viven dos jóvenes muy buenos que os ayudarán á justificaros. En esa piedra no os habeis de quedar. Una de dos: si habeis robado, huid: si sois inocente, seguidme.

LUCIANO.—GENOVEVA.

Y qué?

SILVESTRE.

Me ha seguido.

GENOVEVA. (Con alegría.)

Oyes, Luciano?

LUCIANO.

Y dónde está?

SILVESTRE.

Ahí; en la callejuela inmediata. El pobre estará temblando, no se atreverá á dar un paso hasta saber si le permitis...

GENOVEVA.

Anda...

LUCIANO.

Hazle entrar.

SILVESTRE.

Corriendo! (Váse Silvestre por la puerta del foro, y vuelve en seguida con Simon.)

ESCENA IX.

Dichos.—SIMON.

(Simon, al presentarse en la puerta del foro, viendo á Luciano y Genoveva, manifiesta la extraordinaria alegría y vivos afectos que agitan su corazon. Tira su baston de viaje como para correr á abrazarlos; pero antes de llegar á ellos se detiene, y cambiando la expresion de su rostro, píntase en él la más profunda pena: acércase lentamente á Genoveva y le besa la mano muy conmovido: despues se dirige á Luciano: al hallarse á su lado, le mira atentamente, y por un instante vuelve á brillar la alegría en su rostro, tras lo cual dobla la cabeza con abatimiento y dolor; se enjuga las lágrimas que se desprenden de sus ojos, toma una mano á Luciano y despues la suelta.)

SIMON.

(Esta mano... esta mano se ha estendido antes para rechazarme y no me atrevo á tocarla.)

LUCIANO.

Se os acusaba de haber robado, de haber robado el dinero de los pobres. Pero podíais huir y no lo habeis hecho: luego no sois culpable.

SILVESTRE. (Acercando una silla á Simon.)

Qué ha de serlo!

SIMON.

(Yo robar! yo, soldado, poner esta mano leal en los bienes agenos? No, no. Aun puedo llevar erguida la cabeza y mirar á todo el mundo cara á cara. Yo robar! Nunca! nunca!) (Dejándose caer en la silla.)

GENOVEVA.

Ah! sí, os creo (A Luciano.) Si con efecto hubiese cometido ese crímen, al ser acusado no hubiera sentido la terrible emocion que le privó de la palabra.

SILVESTRE.

Eso digo yo.

LUCIANO.

Y volveis para justificaros, para confundir á los que os acusan?

SIMON.

(No.)

GENOVEVA.

No? Pues entonces, para qué habeis vuelto?

SIMON.

(Levantándose, colocándose entre los dos, asiéndoles de la mano y mirándoles con mucha ternura.)

(Para qué? Para colocarme así entre los dos... para asiros así de las manos... para miraros sin cesar.)

LUCIANO.

Para mirarnos?

GENOVEVA.

Luciano, quizá lo que nos hemos figurado salga verdad.

LUCIANO.

Mi padre era soldado como vos: decidme, le habeis conocído?

SIMON.

(Sí.)

LUCIANO.

Dios mio!

GENOVEVA.

Ha conocido á nuestro padre!

LUCIANO.

Y acaso le vísteis morir?

SIMON.

(No.)

LUCIANO.

Pero no ignorareis...

SIMON. (Como desesperado por no poder darse á entender.)

(No, no.)

GENOVEVA.

Qué quereis darnos á entender?

LUCIANO.

Mi padre murió...

SIMON.

(No.)

GENOVEVA.

Cómo!

LUCIANO.

Es esto un sueño!

GENOVEVA. (Sin atreverse á acabar la frase.)

Luciano, ha dicho...

LUCIANO. (Lo mismo.)

Sí; ha dicho...

SILVESTRE.

Ha dicho que no.

ESCENA X.

DICHOS.—FROCHARD.

FROCHARD. (Aparte.)

Aquí está. (Con rábia.) Ha vuelto!

LUCIANO.

Frochard!

(Simon al ver á Frochard manifiesta un violento furor. Coge precipitadamente una silla, la levanta en alto, y con ella corre hácia Frochard.)

GENOVEVA.—FROCHARD.

Oh!

LUCIANO.

Deteneos!

(Genoveva se pone delante de Frochard: este se queda detrás de Genoveva: Luciano detiene á Simon colocándose entre él y Genoveva: Simon permanece con la silla levantada mirando á Frochard con tremendo enojo. Silvestre observa atentamente lo que pasa desde un extremo del escenario.—Pausa.—Simon deja caer poco á poco la silla, dirigiendo á Frochard una mirada amenazadora y despreciativa.)

Aquí vos otra vez, caballero?

FROCHARD.

Os dije que vendria ásaber vuestra última determinacion. Vengo ademas, movido de la compasion que me inspira ese pobre hombre.

SIMON.

(Vos compadecerme? (Despues de hacer un movimiento de indignacion.) Os desprecio!...)

SILVESTRE. (Aparte.)

El viejo tiene brios.

GENOVEVA.

Explicaos.

FROCHARD. (Llevándose aparte á Luciano y Genoveva y hablándolos en voz baja.)

Creo que ese desgraciado está loco.

GENOVEVA.

De veras?

(Simon manifiesta impaciencia é interroga con la mirada á Genoveva y Luciano.)

FROCHARD.

Os habrá dicho...

GENOVEVA.

Que ha conocido á nuestro padre.

FROCHARD. (Aparte.)

Esto vá malo. Audacia. (Alto.) Dice más: dice que es el mismo Antonio Simon.

LUCIANO.

Eso dice?

FROCHARD.

Y no sé cómo tolerais en esta casa la presencia de un tuno que dice que es vuestro padre despues de haber cometido un robo.

LUCIANO.

Un robo!

FROCHARD.

Vais á ver. (En voz alta, acercándose á Simon.) Eh! buen hombre, no es verdad que sois Antonio Simon?

SIMON.

(Sí, ese es mi nombre.)

FROCHARD.

Mostradnos una prueba que lo acredite. Algun papel debies tener.. (Simon le mira con rabia y despues levanta los ojos al cielo muy abatido.) Qué os decia yo? Ni siquiera puede presentar un papel.

LUCIANO.

Por qué decis que sois Antonio Simon? Mi padre murió hace tiempo en una batalla.

(Música.)

SIMON.

(Falso. Un dia, con efecto, fuí herido y se me tuvo por muerto. Mis camaradas pasaron por mi lado, dirigiéndome una mirada compasiva, con la cual me daban el último adios. Cuando recobré mis sentidos, cuando pude llamarlos, estaban ya lejos... muy lejos. Entonces vinieron los enemigos, me ataron las manos y me llevaron prisionero.)

LUCIANO.

Prisionero!

GENOVEVA.

Continuad!

SILVESTRE. (Aparte.)

Pobrecillo!

SIMON.

(Largo tiempo he llorado ausente de mi patria y de mis hijos. Pero un dia sonó al fin para mí la hora de la libertad.—Rompí mis cadenas y volví á ver la luz del sol. Al punto emprendí la marcha. Cuán largo y penoso viaje! Muchas veces, sin pan que llevar á la boca me ví precisado á tender la mano á los que pasaban por el camino... ocultando mi cruz. Pero cuando ví de lejos el lecho bajo el cual vivian mis hijos.. cuando oí las campanas de la iglesia de mi

pueblo, mi corazon se extremeció de alegría y mis ojos se inundaron de lágrimas. Iba á veros, iba á estrecharos en mis brazos, porque yo soy Antonio Simon... yo soy vuestro padre... cuando ese hombre que está ahí, me acusó de ladron... Maldiga Dios á ese hombre!)

FROCHARD. (Dominando su turbacion.)

Ya veis que desvaria. Vuestro padre murió, segun consta oficialmente.

LUCIANO. (Tristemente.)

Lo que dice es verdad.

SIMON.

(Aguardad. (Mira en derredor suyo hasta que vé el retrato de Catalina.) Esta era vuestra madre.)

LUCIANO.

Sí, esa era nuestra madre.

FROCHARD.

Bah! alguien se lo habrá dicho.

SIMON.

(Esa era mi muger.)

GENOVEVA.

Vuestra muger?

LUCIANO.

Genoveva, no sé qué pensar!

SIMON.

(Mi mujer, que hace diez y siete años, partió conmigo á la guerra.)

LUCIANO.

Eso es.

SIMON.

(Despues volvió aquí con Genoveva.)

GENOVEVA.

Sí; volvió conmigo.

SIMON. (Mirando con mucha ternura el retrato de su muger.)

(Volvió para morir.)

LUCIANO.

Todo lo que nos cuenta... esa emocion ..

GENOVEVA.

Luciano, si fuese cierto!...

SILVESTRE. (Acercándose á ellos.)

Lo que es yo, apostaria una oreja.

FROCHARD. (Dirigiendo una mirada amenazadora á Silvestre, el cual se vuelve con miedo á un extremo del escenario.)

Eh! Con razon dice el refran que un loco hace ciento.—Lo que cuenta ese hombre es cosa que sabe todo el mundo.

SILVESTRE. (Adelantándose.)

Pues á mí me parece...

FROCHARD.

Quieres callar? (Silvestre se va otra vez á un rincon.) Si no teneis otras pruebas...

LUCIANO.

Oh! por favor, dadnos una evidente, una que no deje lugar á la duda.

GENOVEVA.

Sacadnos de esta ansiedad.

(Simon manifiesta la desesperacion que le causa el que no le crean, y no poder darse á entender.)

FROCHARD.

Lo veis? Ya no sabe qué decir.

SIMON. (Como asaltado de una idea.)

(Sí; aun sé qué decir.)

(Música que dura hasta que Simon espresa con la accion. «Gracias, Dios mio!»)

LUCIANO.

Qué?

SILVESTRE. (Aparte.)

Tómate esa!

SIMON. (Acercándose mucho á su hijo.)

(Eras muy pequeño... solo tenias siete años...)

GENOVEVA.

Dice que solo tenias siete años!

LUCIANO.

Qué más?

SIMON.

(Haz memoria... recuerda... recuerda...)

LUCIANO.

Un recuerdo de mi infancia?

SIMON.

(Eso es: me has entendido.)

LUCIANO. (Como recorriendo la memoria.)

Un recuerdo...

SIMON. (Le coge una mano y le acerca al cofre.)

(Ah! ven aquí... Abre... abre...)

LUCIANO.

Que abra?

SIMON.

(Sí.)

LUCIANO. (Abriendo el cofre.)

Ya está.

SIMON.

(Busca ahí.)

LUCIANO.

Y qué he de buscar?

SIMON.

(Un libro.)

LUCIANO.

Un libro? Cuál?

SIMON.

(Un libro de oraciones.)

LUCIANO. (Con gran ansiedad.)

Un devocionario... oh! creo comprender...

GENOVEVA.

Yo tambien, Luciano!

FROCHARD. (Aparte.)

En qué vendrá á parar esto?

LUCIANO. (Sacando del cofre el devocionario y enseñándoselo á Simon.)

Aquí está.

SIMON. (Quitándosele de las manos precipitadamente y con grande alegria.)

(Sí, este es!)

LUCIANO.

Para qué le quereis?

SIMON. (Después de haber ojeado el libro y enseñándoselo abierto á Luciano.)

(Mira aquí, mira.)

LUCIANO.

Esta página... esta cruz trazada por mi padre...

SIMON.

(Lee.)

LUCIANO.

Son los mandamientos de la ley de Dios, Genoveva! (Conmovido en extremo.)

GENOVEVA.

Entonces...

SIMON.

(Lee.)

LUCIANO.

Solo mi padre y nosotros dos sabíamos este secreto, Genoveva!

GENOVEVA.

Luciano!

SIMON.

(Lee.)

LUCIANO. (Leyendo.)

«El cuarto, honrar padre y madre.» (Dando un grito.) Oh! sí, no hay duda!

FROCHARD. (Aparte.)

Esto va malo!

SILVESTRE. (Muy contento y llorando.)

Cuando yo decia!

SIMON. (Abriendo los brazos.)

(Hijos de mi alma!)

LUCIANO.

Es él, es nuestro padre!

GENOVEVA. (Cayendo á sus piés y besándole la mano izquierda.)

Oh! Señor!

LUCIANO. (Arrodillándose tambien y besándole la mano derecha.)

Padre de mi alma!

SIMON. (Levantando los ojos al cielo.)

(Gracias, Dios mio!)

(Frochard los mira con profundo enojo. Silvestre con íntima alegría, limpiándose las lágrimas con la mano.)

SIMON.

(A Frochard, apretando entre sus brazos á Genoveva y Luciano, y con una risa burlona y despreciativa.)

(Vamos... decid ahora que no soy su padre. Os habeis lucido. . que sea enhorabuena.)

FROCHARD.

Ya veo que me he equivocado, y que sois su padre. Ahora deseo saber si no habrá medio de que nos entendamos.

SIMON.

(Yo transigir con vos! Salid, salid al instante!)— (Señalándole imperiosamente la puerta del foro.)

LUCIANO.

Mi padre quiere que os vayais.

FROCHARD.

Mírad bien lo que haceis. Tengo vuestra suerte en mis manos: y si no consentis en lo que os he propüesto...

LUCIANO.

Sabeis lo que quiere?

SIMON.

(Qué?)

LUCIANO.

Quiere casarse con Genoveva.

SIMON.

(Cómo? Casarse él con Genoveva? (Con furor.) Casaros con Genoveva? (Cambiando de tono y riéndose.) Comprendo vuestra intencion. No está mal pensado... pero ella dice que no... y Luciano que no... y yo que no. (Con energía.) Me haceis reir!) (Se queda mirando á Frochard con risa burlona.)

FROCHARD.

Preferis la guerra? Pues bien, luchemos. Oh! no me conoceis! Desgraciados de vosotros! (A Silvestre.) Sígueme! (Dirigiéndose hácia el foro.)

SILVESTRE. (Amenazándole con el puño.)

Por vida! Á bruto no me gana á mí nadie, y el dia menos pensado...

FROCHARD. (Volviéndose al llegar á la puerta del foro.)

Pronto sabreis de mí. (Vanse por el foro.)

ESCENA XI.

SIMON.—LUCIANO.—GENOVEVA.

(Simon se sienta en el sillon, y atrae hácia sí cariñosamente á Luciano y Genoveva.)

SIMON.

(Venid aquí, á mi lado, y hablad, hablad.)

LUCIANO.

Sí; ambos tenemos necesidad de hablaros. Ya habeis oido que ese hombre quiere casarse con Genoveva.

SIMON. (A Genoveva.)

(Y tú le aborreces, verdad?)

LUCIANO.

Le aborrece.

GENOVEVA.

Y amo á otro.

SIMON.

(A otro? Á quién?

(Genoveva baja la cabeza. Simon sorprendido, mira á Luciano, el cual tambien se turba.)

SIMON.

(Levantándose poco á poco, dando señales de asombro y duda, y mirando alternativamente á Luciano y Genoveva.)

(Qué significa esto?)

LUCIANO.

(Comprendiendo la sorpresa y turbacion de su padre, y como dándole la explicacion que desea.)

Padre: sabemos que no somos hermanos.

SIMON.

(Ah!)

LUCIANO.

Mi madre me lo dijo antes de morir.

SIMON.

(Pero ese amor... Miradme cara á cara.)

LUCIANO.

Oh! padre mio, tranquilos podemos mirar al cielo.

SIMON.

(Bien, hijos mios: yo bendigo vuestro amor.)

GENOVEVA.

Oh! ventura!

LUCIANO.

Si supiéseis cuánto hemos padecido viéndonos condenados á no ser nunca el uno del otro! Pero hoy al fin se aclarará este misterio. Vos probareis que Genoveva no es vuestra hija.

GENOVEVA.

Decidme, decidme por favor á quién debo la vida.

SIMON.

(Tu padre?... Un valiente soldado.)

GENOVEVA. (Con gozo.)

Militar, como vos?

SIMON.

(Sí; pero más que yo... mucho más... un General.)

LUCIANO.

Un General?

SIMON.

(Sí.)

LUCIANO.

Ah! Genoveva, temo perderte.

GENOVEVA.

Padre mio, nunca os llamaré de otro modo; padre mio, decidle lo que le amo y que le amaria siempre aunque fuese hija del mayor príncipe de la tierra.

LUCIANO. (Con efusion.)

Genoveva!

SIMON.

(Bien, hija mia, bien!)

GENOVEVA.

Pero continuad.—Dónde está mi padre?

SIMON.

(Ah!)

GENOVEVA.

Por qué os aflijís? Vive?

SIMON.

(No.)

GENOVEVA.

Ay de mí! Y mi madre? Tiemblo al preguntaros por ella. Vive mi madre?

SIMON.

(No lo sé.)

GENOVEVA.

Decis que no lo sabeis?

SIMON.

(Eso digo.)

GENOVEVA.

Dios clemente, devolvedme á mi madre?

LUCIANO.

La buscaremos hasta hallarla. Sin duda existen pruebas del nacimiento de Genoveva?

(Sí.)

GENOVEVA.

Y esas pruebas? las teneis vos?

SIMON.

(No.)

LUCIANO.

Pero sabreis dónde están?

SIMON.

(Aquí.)

GENOVEVA.

Aquí?

LUCIANO.

En esta casa?

SIMON.

(No: en el pueblo.)

GENOVEVA.

En el pueblo?

SIMON.

(Sí.)

LUCIANO.

Y quién las tiene?

SIMON.

(Un hombre que escribe.)

GENOVEVA. (Meditando.)

Un hombre que escribe...

LUCIANO.

Un funcionario público?

SIMON.

(Sí.)

LUCIANO.

Un abogado?

SIMON.

(No.)

GENOVEVA.

Un notario?

SIMON. (Como dando gracias á Genoveva por haberle entendido.)

(Eso es, eso es!)

LUCIANO.

Y el notario os entregará esos papeles cuando se los pidais?

GENOVEVA.

Sin duda os conoce?

SIMON.

(No.)

LUCIANO.

Tendreis para él acaso una carta del padre de Genoveva.

SIMON.

(No.)

GENOVEVA.

Pero mi padre os daria algun medio de hacer constar mi orígen.

SIMON.

(Sí.)

LUCIANO.

Y ese medio?

SIMON.

(Me lo dijo... lo oí bien... se gravó en mi cabeza y en mi corazon... pero ahora estoy mudo y no puedo... no puedo... no puedo hablar.) (Llora de desesperacion ocultando el rostro entre las manos)

GENOVEVA.

Procurad explicaros.

LUCIANO.

Un esfuerzo, padre, un esfuerzo...

SIMON. (Separándose de ellos y dejándose caer en una silla con desesperacion.)

(Imposible! imposible!)

GENOVEVA.

Oh! Vana esperanza!

LUCIANO.

No hay salvacion para nosotros!

ESCENA XII.

DICHOS.—GERMOND.

GENOVEVA Y LUCIANO. (Al ver entrar á Germond por la puerta del foro.)

Oh!

(Simon le contempla tranquilo.)

LUCIANO.

Qué quereis? - venis á tomar posesion de esta casa? - estamos prontos. - venid y hareis el inventario de todo lo que hay aquí.

GERMOND.

La justicia viene á tomar posesion de esta casa. Me he adelantado para preveniros.

LUCIANO.

Gracias, señor Germond!

(Simon al oir este nombre se extremece y precipitadamente se acerca á Germond, el cual manifiesta la sorpresa que esto le causa.)

GERMOND.

Este hombre?

LUCIANO.

Es mi padre, caballero.

SIMON.

(Quién es? Quién es?)

LUCIANO.

No lo habeis oido? El señor Germond.

SIMON.

(Un hombre que escribe?)

GERMOND.

Sí; un notario.

(Simon dá señales de grande alegría y abraza á Luciano y Genoveva.)

LUCIANO.

Es por ventura el señor Germond?...

SIMON.

(Sí, sí.)

GENOVEVA.

Qué fortuna!

SIMON.

(Hablad: hablad á ese hombre.) (Con impaciencia á Genoveva y Luciano.)

GERMOND.

Qué significa esto?

LUCIANO.

Caballero: sois vos la persona á quien un General confió ciertos papeles?

GERMOND.

Y por qué me lo preguntais?

SIMON.

(Díselo.)

LUCIANO.

Porque mi padre es la persona á quien debeis entregarlos.

GERMOND.

Recibí con efecto de un General un pliego cerrado cuyo contenido ignoro, y una carta confidencial en que me ordenaba no abrir el pliego sino en presencia suya, ó bien de la persona que me dijese ciertas palabras.

LUCIANO.

Pero ya veis, caballero, que mi padre no puede hablar.

SIMON.

(Sí, no puedo hablar.)

GERMOND.

El ministerio que ejerzo es sagrado y por nada del mundo faltaré á mi deber.

LUCIANO.

Considerad que un accidente casual es el motivo de que no se os puedan decir esas palabras.

GERMOND.

Y quién me asegura que el General no cambió de resolucion despues de haber escrito? Quién me asegura que su última voluntad no fué que aquel pliego no llegase á abrirse nunca?

SIMON.

(Oh fatalidad!)

GENOVEVA.

Vuestra obstinacion puede ser causa de grandes males.

SIMON. (Arrodillándose delante de Germond.)

(Oh piedad! piedad!)

GERMOND. (Conmovido.)

Levantaos.

SIMON.

(Piedad!)

GERMOND. (Con entereza.)

Imposible!

SIMON. (Levantándose.)

(Dios mio!)

GERMOND.

Pero por qué os apurais? Lo que vuestra boca no puede decir, vuestra mano podrá escribirlo.

GENOVEVA. (Como concibiendo una esperanza.)

Ah!

LUCIANO. (Lo mismo.)

Padre!

GERMOND. (Dándole una pluma que ha tomado de encima de la mesa.)
Escribid! escribid!

SIMON. (Rompiendo la pluma.)
(Escribir! No habeis comprendido que no sé escribir?) (Tira la pluma la pisa.) (Si no sé! si no sé!)

ESCENA XIII.

DICHOS.—UN JUEZ.—ALGUACILES.

GERMOND.
Es preciso hacer un inventario de todo lo que hay en esta casa.

LUCIANO.
Estamos prontos.

GERMOND.
Guiadnos.

GENOVEVA. (Aparte.)
Reina de los Angeles! (Vánse todos, menos Simon, por la derecha.)

ESCENA XIV.

SIMON.—A poco SILVESTRE.—Despues SOFÍA.—Despues GENOVEVA.—Despues LUCIANO.—GERMOND.— ALGUACILES.— FROCHARD.—GENDARMES.

SIMON. (Vá á seguir á su hijo, pero faltándole las fuerzas se detiene.)
(Oh! no puedo! Me faltan las fuerzas!)

SILVESTRE. (Entrando por el foro con mucha alegria y tirando al aire el sombrero.)
Albricias, albricias, señor Simon! Ya no os echarán de esta casa. Traigo dinero para pagar la deuda. (Enseñándole y haciendo sonar un bolsillo con dinero.)

SIMON.
(Cómo es eso?)

SILVESTRE.
Cuando salimos de aquí, el bribon de mi amo se fué á buscar á la justicia, y yo á una señora que llegó ayer al pueblo, y que hace

poco estaba aquí abrazando á la señorita Genoveva.—Como soy tan bestia, le he dicho lo que pasaba, le he pedido los cinco mil francos, y ella, sin más ni más, me ha puesto el dinero en la mano... Vos debeis conocerla!

SIMON.

(Yo?)

SILVESTRE.

No podeis figuraros qué aspavientos hizo en cuanto supo que habíais llegado.—Qué dices? Que ha vuelto el padre de Luciano?—Sí señora, que ha vuelto.—Pues no es el padre de ese jóven un soldado llamado Antonio Simon?—El mismo.—Y Antonio Simon no ha muerto?—Eso decian.—Conque vive?—Como lo oís!—Oh! Dios mio! Será posible?—Vaya si lo es.—No, no lo creo: me engañas: ese hombre no existe.—Venid y le vereis.—Y á todo esto unas veces se ponia más amarilla que la cera, y otras más encendida que una amapola... Temblaba de pies á cabeza: sus ojos despedian chispas: apenas podia respirar.—Yo eché á correr, ella me ha seguido corriendo tambien como una loca, y... miradla, aqui viene. (Simon habrá prestado la más viva atencion al relato de Silvestre, dando señales de extrañeza.)

SOFÍA.

(Sale precipitadamente por el foro, muy conmovida y agitada, y se dirige á Silvestre sin ver á Simon.)

Dónde está ese hombre, dónde está?

SILVESTRE.

A vuestro lado.

SOFIA.

Oh! sí, el debe ser! (Se vuelve y ve á Simon, quedándose inmóvil, sin atreverse á hablar.—Simon la contempla atentamente muy sorprendido.)

SILVESTRE.

Señorita Genoveva! Señorita Genoveva! (Vase corriendo por la derecha.)

SIMON.

(Hablad!)

SOFÍA. (Acercándose á él resueltamente y con gran ansiedad.)

Os llamais Antonio Simon?

SIMON.

(Sí.)

SOFIA.

Servísteis á las órdenes del General Roquebert?

SIMON.

(Sí.) (Irá animandose por grados y dándose cuenta de lo que sucede.)

SOFIA.

Os hallábais á su lado el dia 8 de octubre de 1807?

SIMON.

(Sí.)

SOFIA.

Sois vos á quien el General confió?...

SIMON.

(Una niña.)

SOFIA.

Sí, una niña. (Llevandose la mano al corazon.) No sé lo que me pasa!

SIMON.

(Y vos quién sois?)

SOFIA.

Miradme...

SIMON.

(Sí, yo os he visto otra vez.)

SOFIA.

Soy la dama que os entregó esa niña...

SIMON. (Reconociéndola y con mucha vehemencia.)

(Sí, os conozco: vos fuísteis.)

SOFIA.

Y esa niña..., esa niña... (Sin atreverse á preguntar por ella.)

SIMON.

(Acabad.)

SOFIA.

Esa niña... vive?

SIMON.

(Sí.)

SOFIA.

Vive! Oh Dios mio, no me quiteis ahora la razon!

GENOVEVA.

(Presentándose en la puerta de la derecha y deteniéndose al reparar en Sofía y Simon sumamente agitados y conmovidos.)

Qué es esto?

SOFIA.

Y donde está? Acaso en este pueblo?...

SIMON.

(Sí.)

SOFIA.

Oh! venid conmigo: corramos en su busca.

SIMON.

(Deteneos.)

SOFIA.

Detenerme! Ni un solo instante. Hace once años que no la veo! (Cogiéndole de un brazo y queriendo llevarle hácia la puerta del foro.) Seguidme!

GENOVEVA. (Aparte.)

Qué dice!

SIMON.

(Soltad! Está aquí!)

SOFIA.

Aquí! Aquí solo viven vuestros hijos Luciano y Genoveva.

(Genoveva manifestará las vivas emociones que la agitan á medida que vá comprendiendo que Sofía es su madre.)

SIMON.

(Esa... esa...)

SOFIA.

Qué idea! Genoveva no es vuestra hija?

SIMON.

(No! no...)

SOFIA.

Entonces?...

GENOVEVA. (Aparte.)

Oh!

SIMON. (Con extraordinaria satisfaccion.)

Es la hija de mi General.

SOFIA.

De vuestro General! Dios eterno! (Llamándola.) Genoveva! Genoveva! (Da la primera voz vuelta hácia la izquierda: la segunda volviéndose hácia la derecha.)

GENOVEVA.—SOFIA.

Oh! (Viéndose la una á la otra y quedándose inmóviles embargadas por la emocion.)

SIMON.

(Genoveva, abraza á tu madre. (Colocándose entre ambas.) Señora, abrazad á vuestra hija.)

GENOVEVA.

Madre! (Arrojándose la una en los brazos de la otra.)

SOFIA.

Hija mia!

LUCIANO. (Apareciendo en la puerta de la izquierda.)

Qué oigo!

FROCHARD. (Apareciendo en la puerta del foro, seguido de gendarmes.)

Su madre!

(Cuadro.—Sofía y Genoveva abrazadas en el centro del escenario: Simon á la derecha asiendo de una mano á su hijo y señalando lleno de júbilo el grupo que forman Genoveva y Sofía: Frochard en el foro turbado por lo que acaba de averiguar: los gendarmes fuera de la puerta del foro: en la de la derecha Silvestre, Genoveva que tiene en la mano el bolsillo que antes sacó Silvestre, el juez y los alguaciles.)

(Cae el telon.)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA.—GENOVEVA.—LUCIANO.

(Sofía y Genoveva aparecen de pié abrazadas: Luciano sentado en una silla ocultando el rostro entre las manos. Momentos de silencio, durante los cuales tocará la orquesta una pieza de pocos compases, que exprese el desaliento y profundo dolor de los personages que hay en escena. Genoveva se desprende de los brazos de su madre, se acerca lentamente á Luciano y le pone una mano en el hombro.)

GENOVEVA.

Luciano!

LUCIANO.

Aparta! déjame llorar.

SOFIA.

Volved en vos y confiad en la justicia del cielo.

LUCIANO.

En vano tratais de consolarme. Qué consuelo puede haber ya para mí? Creo muerto á mi padre: le lloro durante muchos años! quiere el cielo que le vuelva á ver, y al punto un inícuo me le arrebata. Mi padre acusado de ladron! Él, noble veterano, que estima su honor en más que la vida; él, deshonrado á los ojos de todo el mun-

do; él, sepultado en una cárcel! Oh! no lo dudeis: este golpe le matará!

SOFIA.

Quizá pronto se averigüe su inocencia.

LUCIANO.

Frochard cuidará de evitarlo. Pero qué hago yo que no corro á buscar á ese hombre, á insultarle, á rasgar en mil pedazos su corazon? (Dirigiéndose al foro.)

GENOVEVA.

Detente!

SOFIA.

Recordad el mandato de vuestro padre!

LUCIANO.

Por qué le obedecí! Yo no debí tolerar que le prendiesen; yo debí asesinar al villano que se atrevia á calumniarle. Oh culpable obediencia! Dejadme.

GENOVEVA.

Y si matas á Frochard, qué será de tí?

LUCIANO.

Qué me importa?

GENOVEVA.

Quién defenderá entonces á tu padre? quien le prestará apoyo y consuelo?

SOFIA.

Vuestra vida le pertenece. Pensad en salvarle y no en agravar su infortunio.

LUCIANO.

Salvarle! Cómo? En nada reparo: solo vivo para la venganza. Señora, no me detengais. Genoveva, paso.

(Música.)

ESCENA II.

DICHOS.—SILVESTRE.

GENOVEVA.

Oh!

SOFÍA.

Llega!

LUCIANO.

Has logrado ver á mi padre?

SILVESTRE.

Sí: he entrado en la cárcel con mi amo.

LUCIANO.

Y qué?

GENOVEVA.—SOFIA.

Dí!

SILVESTRE.

Que está muy sereno .. y muy alegre... Vaya, como si tal cosa le hubiese sucedido. (Luchando en vano con su emocion hasta que los sollozos ahogan su voz.)

LUCIANO.

Entonces, por qué lloras?...

SILVESTRE.

Toma... lloro... porque... pues... porque como soy tan bruto!

LUCIANO.

No: estás mintiendo.

GENOVEVA.

Habla!

SOFÍA.

Dí la verdad.

SILVESTRE. (Sin poderse contener por más tiempo.)

La verdad... Pues bien: la verdad es que el pobre viejo se va á morir de rábia y de pena.

LUCIANO.

Padre mio!

SILVESTRE.

Se le ha abierto una herida, y ya apenas puede tenerse en pié.

LUCIANO.

Oh!

GENOVEVA.

Dios eterno!

SILVESTRE.

En cuanto me ha visto se ha quitado del pecho esta cruz, y des-

pues de besarla me la ha dado para que yo os la dé á vos. (Dándole la cruz á Luciano.)

LUCIANO. (Besando la cruz.)

Su cruz! Padre, padre de mi alma!

SILVESTRE.

Si no se le saca al punto de la cárcel, si no se prueba que él no es el ladron, se muere, se muere sin remedio.

LUCIANO.

Y quereis que yo permanezca aquí en una criminal inaccion? Oh! no será!

GENOVEVA.

Oye!

SOFIA.

A dónde vais?

LUCIANO.

Mi padre gime en un calabozo, víctima de una infame calumnia: mi padre se muere. A dónde voy, me preguntais? A salvarle, si es posible, á costa de mi vida! si no lo consigo, ay del que ha osado calumniarle! (Sacando una pistola del cajon de la mesa.)

GENOVEVA.

Oh!

SOFIA.

La cólera os ciega.

LUCIANO.

Ni una palabra más!

GENOVEVA. (Asiéndole fuertemente de un brazo para detenerle.)

Por favor!

LUCIANO. (Rechazándola con violencia.—Genoveva cae sobre una silla.)

Aparta!

GENOVEVA.

Ah!

SOFIA.

Hija!

LUCIANO.

Padre mio: yo os devolveré el honor, ó lavaré con sangre vuestra deshonra. (Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA III.

Dichos, menos LUCIANO.

GENOVEVA.

Se vá!

SOFIA.

Cielos! haberla hallado para verla padecer así!

GENOVEVA.

Oh! Corramos tras él!..

SOFÍA.

Sí; es preciso seguirle...

(Genoveva va á levantarse y vuelve á caer en la silla.)

GENOVEVA.

Vamos...

SOFÍA.

Tú no puedes moverte... Yo iré...

GENOVEVA.

Corred, corred á evitar un crímen.

SOFÍA.

Dios tenga piedad de nosotros. (Vase por el foro.)

GENOVEVA.

Corre tú tambien en su busca.

SILVESTRE.

Dejaros sola... en ese estado...

GENOVEVA.

Vé, por Dios! quiere matar á tu amo!

SILVESTRE.

Si no fuera más que eso...

GENOVEVA.

No te detengas.

SILVESTRE.

Por allí va.—Señor Luciano... señor Luciano... (Suponiendo que le vé á lo lejos y llamándole. Vase por el foro.)

ESCENA IV.

GENOVEVA.—A poco FROCHARD.

GENOVEVA.

Yo tampoco debo quedarme aqui... Ya me siento con fuerzas... (Levantándose.) Corramos. (Dirígese al foro.) Oh! (Encontrándose con Frochard que se presenta en la puerta del foro.)

FROCHARD.

No os asusteis.

GENOVEVA.

Loado sea Dios.Entrad, al momento.

FROCHARD. (Aparte.)

Qué significa?..

GENOVEVA. (Arrodillándose delante de Frochard.)

Miradme á vuestros piés, y si no sois el más cruel de los hombrss, apiadaos de mí, y salvad á mi padre; salvadle!

FROCHARD.

No deseo otra cosa.

GENOVEVA. (Levantándose.)

Qué decís ? Será posible ! Conoceis vuestra falta; vais á repararla sin duda.

FROCHARD.

No es culpa mia que vuestro padre aparezca culpado. Todo le condena. Sin embargo, puedo mucho, y por vos estoy dispuesto á salvarle, aunque para ello tenga que faltar á mi deber.

GENOVEVA.

Hacedlo y disponed de nuestra vida.

FROCHARD.

No quiero tanto.

GENOVEVA.

Qué quereis?

FROCHARD.

No lo adivinais?

GENOVEVA.

Hablad.

FROCHARD.

Sed mi esposa, y ese hombre recobrará al punto la libertad.

GENOVEVA.

Qué os atreveis á proponerme?

FROCHARD.

Quereis ser mi esposa; sí ó no?

GENOVEVA. (Resueltamente.)

No.

FROCHARD.

No?

GENOVEVA. (Con mayor fuerza.)

No.

FROCHARD. (Dirigiéndose al foro.)

Enhorabuena.—Me retiro.

GENOVEVA. (Recordando su situacion y deteniéndole.)

Oh! no salgais!

FROCHARD.

Ya sabeis cuál es mi determinacion.

GENOVEVA.

Pero yo no os amo.

FROCHARD.

Me amareis cuando me conozcais mejor.

GENOVEVA.

Y si amase á otro?

FROCHARD.

A quién? El amor fraternal ha llenado hasta ahora todo vuestro corazon.

GENOVEVA.

Y si yo no fuera hermana de Luciano?

FROCHARD.

Tendríais que probarlo para poder enlazaros con él.

GENOVEVA. (Aparte.)

Ay! harto lo sé.

FROCHARD.

Ni Lucianoamaria á la muger que hubiese dejado morir á su padre, pudiendo salvarle.

GENOVEVA.

Me destrozais el corazon.

FROCHARD.

Si ahora por el infundado ódio que me tiene, se opone á nuestro casamiento, despues, cuando haya perdido á su padre, os culpará á vos, y sereis un objeto de horror á sus ojos.

GENOVEVA.

Callad, callad!

FROCHARD.

Y no lo dudeis: ese anciano morirá en breve de dolor; y vos, vos le habreis matado.

GENOVEVA.

Oh! no hay remedio! Haced de mí lo que querais.

FROCHARD.

Quiero que seais mi esposa.

GENOVEVA.

Lo seré!

FROCHARD.

Enhorabuena. Todo lo tengo dispuesto. Dentro de breves instantes firmaremos el contrato de boda, y se celebrará nuestra union. Voy á prevenir al notario y al sacerdote.

GENOVEVA.

Tan pronto!

FROCHARD.

Ahora ó nunca.

GENOVEVA.

Cuando querais; pero salvad á mi padre.

FROCHARD.

Os juro que recobrará su libertad en cuanto estemos casados.

GENOVEVA.

No: es preciso que ahora mismo salga de la cárcel.

FROCHARD.

Haré que al punto le conduzcan aquí; pero tened entendido que los gendarmes guardarán esta casa hasta que se haya verificado nuestro casamiento.

GENOVEVA.

Sois implacable.

FROCHARD.

El amor que os tengo es lo que me hace obrar así.

GENOVEVA.

Vos amar? No aman los hombres como vos.

FROCHARD.

Pronto vuelvo.

GENOVEVA.

El cielo os perdone!

ESCENA V.

GENOVEVA.—A poco SOFÍA.

GENOVEVA.

Desdichada de mí!

SOFIA.

He visto salir de aquí á Frochard. Le has hablado? Qué hay

GENOVEVA.

Que voy á ser su esposa.

SOFIA.

Qué dices?

GENOVEVA.

Solo con esta condicion consiente en salvar al padre de Luciano

SOFIA.

Pero tú no puedes amar á Frochard.—Tú le aborreces.

GENOVEVA.

Con toda mi alma.

SOFIA.

Y acaso amas á otro.—A Luciano tal vez?

GENOVEVA.

Madre!

SOFIA.

El sacrificio que quieres imponerte es demasiado grande.

GENOVEVA.

No: yo nunca habia de amar á otro más que á Luciano, y Luciano no puede ser mi esposo.

SOFIA.

Por qué?

GENOVEVA.

Porque ante la ley somos hermanos.

SOFIA.

Dices bien: no existen pruebas de mi enlace, ni de tu nacimiento.

GENOVEVA.

Os engañais. Existen. Mi padre antes de morir se las envió á un notario de este pueblo llamado Germond.

SOFIA.

Y aun no las habeis reclamado?

GENOVEVA.

El señor Germond no entregará esos papeles sino á la persona que le diga ciertas palabras, que únicamente sabe el padre de Luciano; y ved nuestra desgracia, el padre de Luciano está mudo, y acaso en breve dejará de existir.

SOFIA.

Qué larga série de infortunios! Pero ahora comprendo por qué Frochard quiere casarse contigo. Ese hombre no es ahora dueño de las riquezas del general Roquebert?

GENOVEVA.

Con efecto.

SOFIA.

Pues bien: esas riquezas te pertenecen.

GENOVEVA.

Á mí?

SOFIA.

El general Roquebert fué tu padre.

GENOVEVA.

Dios mio!

SOFIA.

Temeroso Frochard de que las pruebas de tu nacimiento lleguen

á parecer un dia, quiere asegurar la posesion de sus bienes uniéndose á tí.

GENOVEVA.

Teneis razon: ese es su intento.

SOFIA.

Y darás la mano á un miserable como él?

GENOVEVA.

Qué otro recurso nos queda? Quereis que deje morir á ese noble anciano, que deje cometer un crímen á su hijo? Quereis que estando en mi mano evitarla, deje consumarse la ruina de mis bienhechores? Para todo el mundo soy hija del cabo Simon.—Su honra es la mia.

SOFÍA.

Admiro tu noble resolucion, pero me espanta el considerar las amarguras que te aguardan.

GENOVEVA.

Dios premiará mi sacrificio, librándome de la existencia.

SOFIA.

Soy tu madre, y no consentiré...

GENOVEVA.

Madre, yo he de cumplir con mi obligacion.

SOFIA. (Viendo salir á Frochard.)

Oh!

GENOVEVA.

Ya veis que no es posible retroceder.

ESCENA VI.

DICHAS.—FROCHARD.—SILVESTRE.

FROCHARD.

Cuando gusteis.

GENOVEVA.

Y mi padre?

FROCHARD.

Allí viene. (Música.)

GENOVEVA.

Oh! que no me vea: que no sepa que voy á ser esposa de este hombre.—Seguidme: por aquí hay otra salida.

SOFIA.

Advierte...

GENOVEVA.

No aumenteis mi dolor.

FROCHARD.

Vamos?

GENOVEVA.

Luciano, te perdí para siempre.

SOFIA.

Hija desventurada! (Vase Sofía, Genoveva y Frochard por la puerta de la izquierda del segundo término.)

ESCENA VII.

SILVESTRE.—A poco SIMON.

SILVESTRE.

Por salvar á su padre se casa con el bribon de mi amo.—Pobrecilla! Acaso hubiera sido mejor dar tiempo al señor Luciano para que le...— Aqui está el viejo. Chiton!

(Simon aparece en la puerta del foro seguido de gendarmes que se van no bien le dejan dentro de la casa. De cuando en cuando se los verá cruzar por la puerta del foro. Simon estará muy pálido y abatido. Antes de llegar al proscenio se detiene dos ó tres veces para tomar aliento. Luego se sienta en el sillon y hace señas á Silvestre para que se acerque á él.)

SILVESTRE. (Aparte.)

Me llama. (Alto.) Qué quereis?

SIMON.

(Y mis hijos?)

SILVESTRE. (Aparte.)

Creo que me pregunta por sus hijos. Qué le diré? (Alto.) Quereis saber de vuestros hijos, eh?

SIMON.

(Sí: cómo no están aquí?)

SILVESTRE.

Han ido á... como hace un dia tan hermoso... pues... han ido á tomar un poco el sol.

SIMON.

(Qué dices?)

SILVESTRE.

No: quiero decir que han ido á... ello es que han ido á alguna parte: pero en seguida volverán.

SIMON.

(Algo me ocultas. Por qué me han dejado salir de la cárcel?)

SILVESTRE.

Qué por qué os han dejado salir de la cárcel?

SIMON.

(Sí.)

SILVESTRE.

Toma!... Porque ya se sabe que vos no habeis sido el ladron... porque ya estais libre.

SIMON. (Viendo pasar á los gendarmes por la puerta del foro.)

(Entonces por qué me guardan?)

SILVESTRE.

Esos están ahí... qué sé yo por qué están ahí?... Pero ya veis que cuando os han dejado .. (Aparte.) Si da en preguntar, acabaré por hacer una de las mias.

SIMON. (Levantándose y descubriéndose delante de la Virgen.)

(Vírgen santisima, tú que sabes mi inocencia, salva mi honor y confunde á mis enemigos!)

SILVESTRE. (Aparte.)

Pobre hombre! Lástima dá de verle.

SIMON.

(Corre: ve á buscar á mis hijos.)

SILVESTRE.

Pero si no sé dónde estarán ahora...

SIMON.

(Anda: yo te lo mando: yo te lo suplico.)

SILVESTRE. (Aparte.)

Vaya que el viejo tiene un modo de pedir las cosas... (Alto.) Ya voy... ya voy... (Música.)

Dí, Silvestre: es aquel el cabo Simon?

SILVESTRE.

El mismo.

PICARD.

Oh! sí, él es!

ESCENA VIII.

SIMON.—PICARD.

PICARD.

Me conoces, Simon?

SIMON.

(No.)

PICARD.

No te acuerdas de un cazador que el dia 8 de octubre de 1807 llevó órdenes al general Roquebert?

SIMON.

(Sí: eres tú.)

PICARD. (Alargándole la mano.)

Venga esa mano, camarada.

SIMON.

(No: mi mano no puede tocar la de un hombre de bien. Estoy deshonrado.)

PICARD.

Se te acusa de haber cometido un robo esta mañana en casa del alcalde Frochard; no es esto?

SIMON.

(Sí.)

PICARD.

Pero esa es una infame calumnia.

SIMON. (Con mucha alegria.)

(Tú no me crees capaz de haber cometido semejante infamia; verdad? (Arrojándose á sus piés.) Oh! gracias, gracias!)

PICARD. (Levantándole.)

Qué haces? No: nosotros los que hemos envejecido combatiendo y derramando nuestra sangre en los campos de batalla, nosotros no robamos, nosotros no somos ladrones. Alienta, buen Simon, y no temas que tu nombre quede manchado: yo vengo á rehabilitarle.

SIMON.

(Tú? De veras?)

PICARD.

Sí: yo sé quién es el ladron. Esta mañana salí en su busca, pero á poca distancia del pueblo he sabido lo que pasaba y he vuelto en seguida para delatar al ladron verdadero.

SIMON.

(Dios te bendiga por el bien que me haces.)

PICARD. (Abrazándole.)

Aprieta, camarada, aprieta. No sabes qué peso acabo de quitarme del corazon. Hasta más ver.

SIMON. (Deteniéndole.)

(Pero, quién es el ladron?)

PICARD.

Quién es el ladron?

SIMON.

(Sí.)

PICARD.

El ladron... es mi hijo. (Se enjuga una lágrima y vase.)

SIMON.

(Oh!) (Clava en él la vista manifestando la admiracion que le causa su conducta, no deja de mirarle hasta que desaparece.)

ESCENA IX.

SIMON.—LUCIANO.

LUCIANO. (Entra gritando por el foro pálido y desencajado.)

Genoveva! Genoveva!

SIMON.

(Hijo! Ven: abrázame!)

LUCIANO.

Padre! Vos aquí?

SIMON.

(Soy inocente y todo el mundo va á saberlo.)

LUCIANO. (Sin prestar atencion á lo que su padre quiere darle á entender.)

Conque lo que se dice por el pueblo es verdad?

SIMON.

(Qué tienes? qué te pasa?)

LUCIANO.

Oh! no: no puedo creerlo: no quiero creerlo. (Entrase corriendo por la izquierda.) Genoveva! Genoveva!

SIMON. (Siguiéndole.)

(Hijo: oye: detente.)

LUCIANO.

No hay nadie! Cierta es mi desgracia.

SIMON.

(Explicate. Sácame de esta ansiedad.)

LUCIANO.

No lo habeis adivinado? Genoveva...

SIMON.

(Qué?)

LUCIANO.

Va á casarse con Frochard.—Tal vez á estas horas será ya su esposa.

SIMON.

(Oh!)

LUCIANO.

A ese precio únicamente habrá consentido el inícuo en devolveros la libertad.

SIMON.

(Pero es que ya nada tenemos que temer... El hombre que ha venido antes... Yo soy inocente.)

LUCIANO.

No os entiendo, padre.

SIMON.

(Dios mio, compasion: que yo pueda hablar. Corre á impedir ese enlace.)

LUCIANO.

Sí: y aunque ya se encuentre al pié del altar... (Deteniéndose.) Pero y mi padre?

SIMON.

(Por qué te detienes?)

LUCIANO.

Ella que no es vuestra hija, se sacrifica por salvaros, y yo... yo os quiero matar.

SIMON.

(Anda, vuela.)

LUCIANO.

Oh! no; no os volverán á encerrar en un calabozo, no os morireis de vergüenza y dolor. Sed libre, vivid al lado de Genoveva. Ella nunca os abandonará.

SIMON.

(Qué dices?)

LUCIANO.

Padre: yo no puedo vivir sin Genoveva!

(Música que muy piano expresa la rapidez, movimiento y afectos de esta situacion.)

SIMON.

(Hijo!)

LUCIANO.

El destino lo quiere.

SIMON. (Corriendo hácia el foro como para llamar gente.)

(Busquemos auxilio.)

LUCIANO. (Deteniéndole cerca de la puerta del fondo.)

Por favor, padre: deteneos.

SIMON. (Mirando hácia fuera y llevándose una mano á la frente.)

(Oh!)

LUCIANO. (Señalando hácia fuera.)

Miradlos. Ahora se dirigen á la iglesia.—Padre, para que vos vivais, es preciso que muera yo.

SIMON. (Asiéndole fuertemente.)

(Mátame á mí, hijo, mátame á mí!)

LUCIANO. (Forcejeando por desasirse de su padre.)

Soltad!

SIMON.

(Quieto!)

LUCIANO.

Ver á Genoveva en brazos de otro? Imposible!

SIMON.

(Soy tu padre: obedece.)

LUCIANO.

Nada respeto.—Soltad. (Desprendiéndose de los brazos de su padre y sacando una pistola.)

SIMON.

(Oh!) (Con indecible espanto y quedándose un instante inmóvil, como embargado por el terror.)

LUCIANO.

Adios, padre mio! (Váse corriendo por la puerta de la derecha, que cierra tras sí.) (Simon se extremece, y agitado de una conmocion terrible, hace un esfuerzo supremo y prorrumpe en gritos desgarradores, arrojándose frénetico á la puerta por donde ha salido Luciano.)

SIMON.

Hijo! hijo! (Golpeando la puerta.) Se va á matar! Socorro! Socorro! (Corriendo hácia la puerta del foro.)

LUCIANO. (Presentándose á la puerta de la derecha lleno de asombro.)

Qué oigo!

SIMON. (Yendo hácia él y quitándole la pistola.)

Dame esa pistola: dámela.

LUCIANO.

Es sueño? es ilusion?

SIMON.

Arrepiéntete, desdichado!

LUCIANO.

Qué iba yo á hacer?

SIMON.

Ya no te matarás: verdad que ya no te matarás?

LUCIANO.

Padre!

SIMON. (Abrazándole.)

Hijo, hijo de mi alma! Corramos á impedir ese enlace.—Mi inocencia está ya probada, y el sacrificio de Genoveva es inútil.

LUCIANO.

Inútil?

SIMON. (Dirigiéndose á la puerta del foro.)

Corramos!

LUCIANO. (Siguiendo á su padre.)

Ya será tarde.

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—GENOVEVA.—FROCHARD.—SILVESTRE.—SOFIA.—GERMOND.

GENOVEVA.

Dejadme! No sois vos quien salva á mi padre, sino Dios.

SILVESTRE.

Picard ha declarado: su hijo es el ladron!

FROCHARD.

(Cogiendo á Genoveva de una mano, ciego de cólera como para volvérsela á llevar.)

No importa: venid!

SIMON. (Interponiéndose y separándolos.)

Atrás, miserable!

TODOS.

(Con sorpresa al oir hablar á Simon, y manifestando cada cual los distintos afectos que esto les causa.)

Oh!

SIMON.

Señor notario: «Ha llegado la hora: cumplid vuestro deber.»

GERMOND.

Esas palabras?... Seguidme y os daré lo que me pedís.

SIMON.

Ya no te llamas Genoveva, sino Isabel; ya tienes un nombre ilustre, y las riquezas de ese hombre te pertenecen.

FROCHARD.

Estoy perdido!

SILVESTRE.

Me alegro!

GENOVEVA. (Dirigiéndose á Sofía y Simon.)

Yo no quiero más que vuestro amor y el de Luciano.

LUCIANO.

Genoveva!

SOFÍA.

Sed felices!

SIMON. (Cayendo de rodillas y levantando las manos al cielo.)

Gracias, Dios mio!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

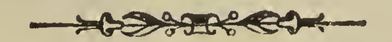
Madrid 2 de Diciembre de 1859.—El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.



PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (F.)

Clínica tocológica, hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A)

*La voz de España, loa en un acto. 4

Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8

*La hija del pueblo, id. en dos. . 6

*Marta, id. en tres. 8

*La Reina Topacio, id. id.. 8

*La voluntad de la niña, id. en un acto 4

*Á partir con el diablo. 8

ALVERÁ DELGRÁS (A.)

Tesoro métrico, cotejo general de todas las pesas, medidas y monedas antiguas y modernas de España, Francia, Inglaterra, Portugal y posesiones españolas de Ultramar, y equivalencia de cualquiera número de unidades de las medidas antiguas convertidas al nuevo sistema métrico decimal.—GRAN CUADRO MURAL, aprobado por el Real Consejo de Instruccion pública, premiado por la Direccion general y recomendada su adquisicion por el ministerio de Fomento á todos los demas ministerios, para que estos lo hagan á sus respectivas dependencias, en real órden de 7 de mayo de 1859. Obra utilísima á todos los ayuntamientos, dependencias del Estado, establecimientos públicos y á todo el comercio en general. Su precio en Madrid. 20
En provincias. 24

Compendio de paleografía española, ó escuela de leer todas las letras que se han usado en España desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVIII, ilustrada con 32 láminas en fólio, ordenadas tambien por separado en cuatro grandes cuadros murales. Obra utilísima á cuantos se dediquen á las carreras del profesorado; de diplomática ó del notariado; indispensable á los jueces, escribanos, revisores de letras, archiveros, anticuarios, etc.: escrita espresamente con arreglo al programa aprobado para el curso especial de esta asignatura en la escuela normal central, y para que sirva de testo en todas las escuelas de la Península. Su precio en Madrid. 40
En provincias. 48
Y lo mismo los cuadros.

Biblia de los niños, epítome de la historia del Antiguo Testamento, desde la creacion del mundo hasta los reyes de Israel, y lecciones sencillas de moral; sacadas de la misma Escritura. Examinada y aprobada por la Vicaría eclesiástica de esta córte, y premiada con indulgencias por los Excmos. señores Cardenal Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias; señalada por el gobierno de S. M. de testo para las es-

cuelas como libro de lectura, religion y moral. Su precio en Madrid, en rústica. 4
En carton, 38 cuartos.

Nuevo caton. religioso, moral, político y civil para aprender y enseñar á leer el idioma español: adoptado por testo en la escuela normal central. Su precio en Madrid. 4

Cuadernos autografiados, para aprender y enseñar á escribir cursiva con velocidad y ortografía, y á leer correctamente la letra manuscrita. cuatro cuadernos, el 1.º y 4.º. 4
Y el 2.º y 3.º á 2 y 1/2.

Completa coleccion de muestras de letra española; novísima edicion nuevamente grabada, con muestras de cursiva, la más completa de cuantas hay publicadas; aprobada y señalada de testo para todas las escuelas del Reino. 6

ANDILLA (BARON DE)

GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.).

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

ASQUERINO (E.)

Ensayos poéticos, con la oda en loor de S. M. la Reina, con motivo del monumento mandado levantar á don Agustin Argüelles, premiada en el certámen público: un tomo en 8.º prolongado de lujosa impresion. Su precio en Madrid. 12
En provincias. 15

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

CASTELLANOS (B. S.)

Memorandum historial, nociones de la historia universal y particular de España por siglos, con la cronología, religiones, dioses fabulosos, Estados, soberanos, hombres célebres, instituciones, monumentos, invenciones, progreso de letras, artes, ciencias, industria, usos y costumbres de cada siglo; obra escrita para que pueda servir de testo en las escuelas normales, seminarios conciliares é institutos del reino.—Un tomo de unas 600 páginas. Su precio en Madrid. 15
En provincias.. 18

Nociones de geografía de España, con el censo de poblacion publicado últimamente por el gobierno, y las dimensiones superficiales señaladas á cada provincia, obra espresamente escrita para testo de dicha asignatura en la escuela normal central, adornada con un mapa de España, en el cual se hallan marcadas todas las carreteras y ferro-carriles: un tomo de mas de 250 páginas. Su precio en Madrid.. 12
En provincias.. 14

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario

del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias 10

DIAZ (J. M.)

Los trapisondistas, comedia en un acto. 4
Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8
Mártir siempre, nunca reo, drama de costumbres políticas, en cuatro actos.. 8
Virtud y libertinage, comedia en tres actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

FERNEL (F. A.)

El bien y el mal. Ensayo dramático en tres actos, un prólogo y un epílogo. 8

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GARCÍA QUEVEDO (J. H.)

Delirium, leyenda fantástica: un tomo en 8.º prolongado, edicion de lujo con grabados y láminas.
Su precio en Madrid. 22
En provincias. 26

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8
Fábulas en verso castellano aprobadas y señaladas para testo en las escuelas de primeras letras: edicion económica para uso de los niños: su precio 3 reales en rústica, 3 y 1[2 en carton, y 4 rs. en holandesa en Madrid, y 3 y 1[2 en rústica, 4 reales en carton y 4 y 1[2 en holandesa.
Las mismas fábulas, edicion de lujo para premios: su precio en Madrid.. 10
En provincias. 13

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LEAL (F. R.)

Filosofía social, discursos pronunciados en el Ateneo: un tomo. 22

LARA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su origen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia

	Rs. vn.
en un acto.	4
Marchar contra la corriente, id. en tres.	8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos.	8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos.	8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos	8
*La vuelta de Columela, id. en id.	8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.º	4

PEDROSA (F. MARTINEZ)

*La red de flores, zarzuela en un acto	4

PEREZ ESCRICH (E.)

La caridad cristiana, segunda parte de el « Cura de la Aldea, novela original, 5 tomos. 40 rs.

El Mártir del Gólgota, tradicciones de Oriente; esta interesante obra constará de cinco ó seis tomos en 8.º con láminas al precio de 8 rs. tomo: se han publicado 4 tomos; el 5.º está en prensa.

PETÁNO Y MAZARIEGOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid.	8
En provincias.	10

PASTORFIDO (M.)
Y
NARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos.	8
*Zampa, id. en id.	8

PICON (J.)

	Rs. vn.
*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto.	4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos.	8
*Entre la espada y la pared, idem en id.	8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto.	4
*La isla de San Balandran	4
*La doble vista, en un acto. . . .	4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto.	4
*El jóven Virginio, id. en id. . .	4
El niño, id. en id.	4
*El sordo, id. en dos actos.	6
*Enlace y desenlace, id. en id. . .	6
*Los peregrinos, id. en un acto. .	4
Carambola y palos, comedia en un acto.	4
*Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos.	8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos.	8
A caza de divorcios, comedia en id.	8
Influencias políticas, zarzuela en un acto.	4

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos..	8
El camino de la gloria, comedia en tres actos.	8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. .	19

RIVERA (L.)

*A Rey muerto, zarzuela en un acto.	4
Stradella, id. en id.	8

ROSELL (C.)

El burlador burlado, zarzuela en tres actos.	8

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos.	8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos	8

Rs. vn

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9
La Primavera, el Estio, poesías 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, cada tomo: comprando los dos cuestan en Madrid. . . . 14
En provincias.. 18
Más hojas sueltas, nueva coleccion de viajes ligeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (N.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4
El amor y la Gaceta, juguete en tres actos. 8

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

Rs. vn.

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comeda en un acto. 4
El prestamista, comedia en un acto. 4
El empirismo y la ciencia, comedia en tres actos. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto

ZAMACOIS (N.)

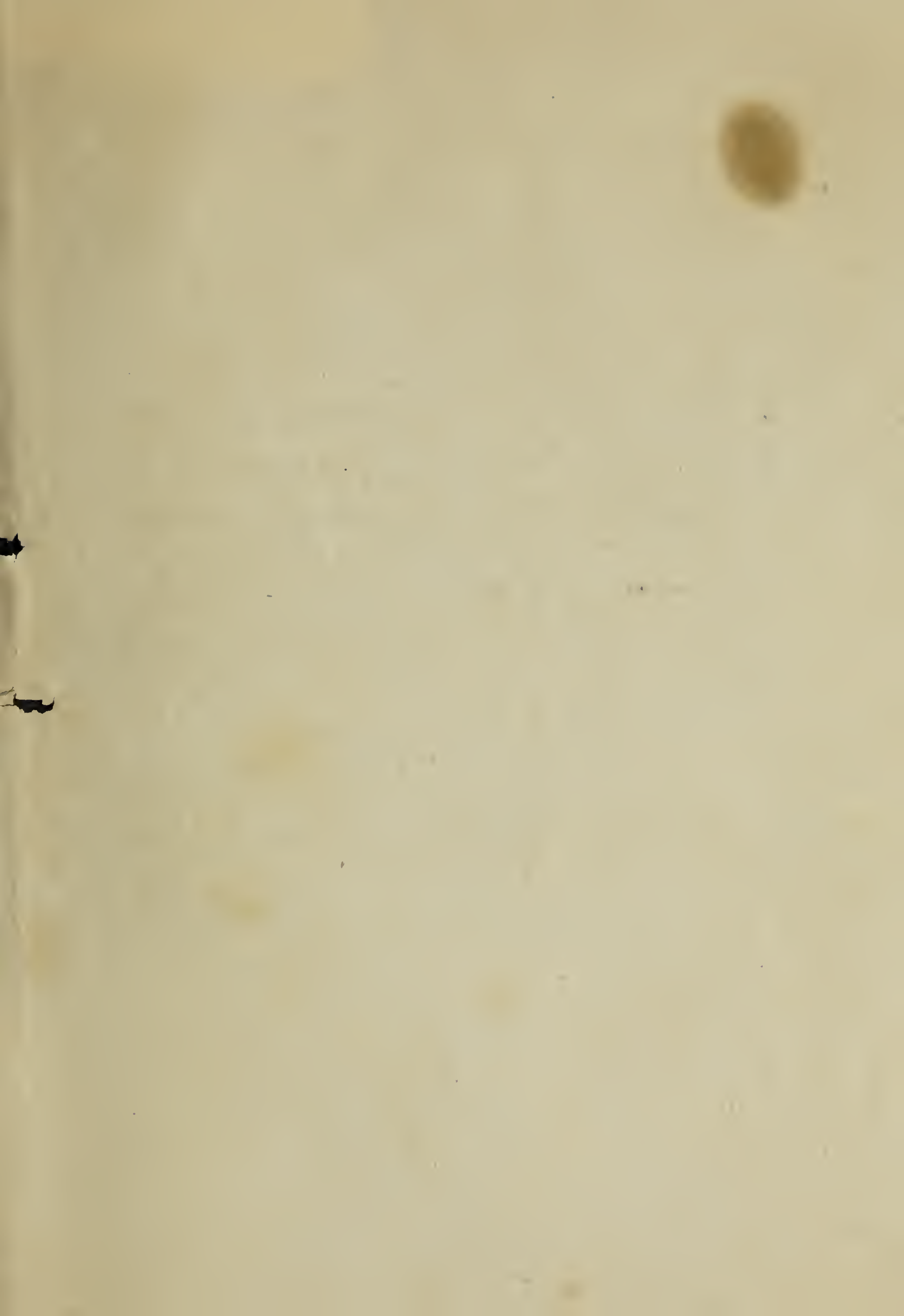
*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZORRILLA Y G. QUEVEDO.

María, corona poética de la Virgen, poema religioso, un tomo grueso en 8.º prolongado, de lujosa impresion. En Madrid. 30
En provincias. 36

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.



3 0112 115864446